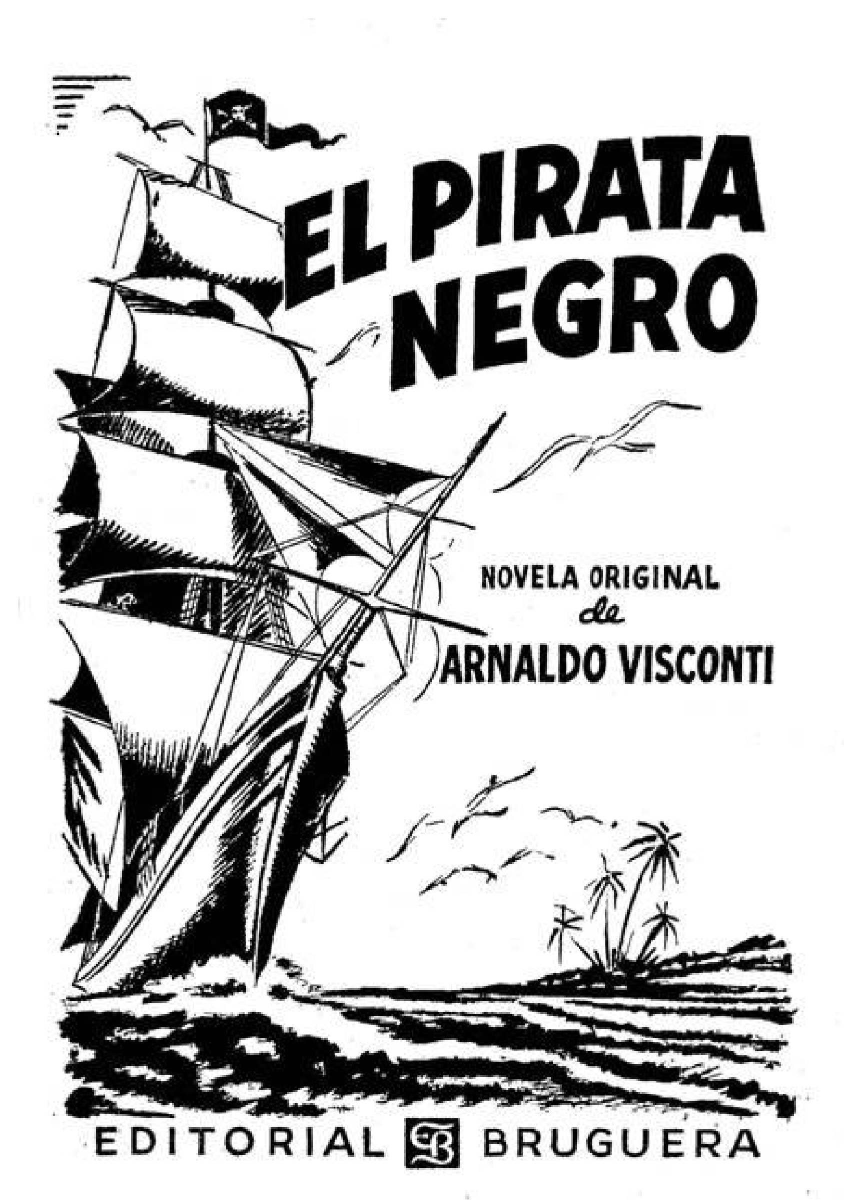
EL PIRATA NEGRO

CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO

por ARNALDO VISCONTI

EL BRUJO DEL MAR

3'50 PTAS


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

El brujo del mar

Colección El Pirata Negro n.° 80

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1949


El
BRUJO
del
MAR

CAPÍTULO PRIMERO

La Goleta "**Adventure**"

A principios del año 1723, y por un crepúsculo borrascoso en que la galerna soplaba con creciente intensidad; una goleta de obscuro maderamen parecía buscar un provisional refugio en las costas orientales del continente sudamericano.

Con lento avance recaló por fin, ya caída la noche, en una estrecha rada, al amparo del viento. Mantuvo tan sólo encendida la linterna de popa, y por los escasos tripulantes que poseía, por su abundancia encima de los puentes de redes y nasas, tenía todo el aspecto de una inofensiva y pacífica goleta pesquera.

Pero había a bordo un hombre que, si por imposible imprudencia en él, cauto y reflexivo, o por el tormento, hubiera tenido que explicar con qué finalidad aquella en apariencia vulgar goleta anclaba en puerto natural, sin tráfico ni cercanos habitantes, distante unas quince millas de la ciudad virreinal de Latacunga, habría revelado una original y sangrienta historia macabra.

Este hombre era Barnaby Clements, antiguo cirujano de la Real Marina de Guerra inglesa.

Barnaby Clements, sexagenario, presentaba, no obstante, un rostro juvenil, quizá debido al sonrosado de sus mejillas, al azul límpido de sus ojos y a la albura de sus cabellos.

Quienquiera le viera en tierra, ya fuera en palacio, señorial mansión o paseo elegante, habría estimado que pocos caballeros daban en el mundo la instintiva impresión de honestidad, virtud y distinción que producía la dignidad personal de Barnaby Clements.

Y, no obstante, Barnaby Clements era el más perfecto ejemplar de canalla. Pero un canalla suave en gesto, casi tierno en modales, pese a la rudeza de su profesión.

Su carrera habíase iniciado regularmente con promesas de un porvenir brillante. Enrolado como cirujano en la Real Marina de Guerra inglesa a los veintitrés años, cumplió honestamente, mereciendo plácemes y elogios de sus superiores y subordinados.

Fué en una noche de escala en un puerto norteamericano, contando ya treinta y ocho años, cuando, por afán puramente etnológico, interesóse en el estudio de un individuo gigantesco, de ancho rostro, vestido con ropas marineras, con chaqueta de botones de oro.

Le parecía que en aquel individuo se plasmaban por un igual cualidades y vicios contradictorios: crueldad y jovialidad, astucia y campechanería, inteligencia y brutalidad.

El individuo objeto de la científica curiosidad de Barnaby Clements bebía ron en una mesa cercana la suya, en una hostería frecuentada por marinos.

Salió sin hacer ningún comentario. Limitóse a saludar al cirujano militar. Barnaby Clements devolvió el saludo, por simple y elemental cortesía.

Pero cuando abandonó la hostería, vióse de pronto asaltado por dos forzudos individuos, que, atándole y envolviéndole la cabeza en su propia capa para acallar sus gritos de protesta, le llevaron a bordo de una goleta.

Y, ya libre, pero encerrado en un camarote, vióse frente al extraño individuo que había estado contemplando en la hostería.

El gigante rió con bonachón aspecto, aunque sus ojillos crueles desmentían la risa cordial.

—Hola, cirujano. Ahora puedes verme mejor. La lástima es que ya no podrás dar el soplo.

Aquel especial saludo sumió en confusiones al médico, que continuó en silencio.

—Tu porte es magnífico, matasanos. Pareces la viva imagen de la respetabilidad inglesa.

Y de pronto, como ocurre cuando se presienten peligros, el cerebro de Barnaby Clements, agudizado, adivinó quien era aquel hombre: era el famoso pirata inglés Robert Kidd, el “infernal capitán Kidd”.

—¡Tú eres Kidd! ¡Eres el capitán Kidd!

—Naturalmente, querido —admitió el pirata—. Y por eso,

cuando te vi mirarme con tanta insistencia, decidí hacerte mi huésped, antes de que tuvieras tiempo de avisar a los marinos de tu fragata.

—Creedme, si lo queréis o no, capitán Kidd, pero yo os juro que hasta ahora no he caído en la cuenta de quién erais.

—Hablas con tal dignidad, que serías capaz de engañarme. En fin, atendiendo a tu respetable condición y a la honorabilidad que respiras por todos los poros, te doy a elegir: ¿prefieres colgar de mi mástil o que te descerraje un pistoletazo?

Barnaby Clements sonrió serenamente.

—Como médico titular de la Marina, os puedo afirmar, capitán Kidd, que un hombre muerto se pudre y no resulta de ninguna utilidad. Eso es científicamente exacto. Quizá uno de los escasísimos diagnósticos en que están plenamente de acuerdo médicos y pacientes.

La manifestación de humor del médico agradó a Kidd.

—Por mi parte, te diré que prefiero que el que va a ser cadáver sepa despedirse con gracejo. ¿Cómo te llamas?

—Barnaby Clements. Treinta y ocho años, soltero, nacido en Plymouth, pesimista y odiando al género humano. Forzosamente honorable, porque nací con un semblante beatífico.

—Eres inteligente, Barnaby Clements. Morirás, pues, de acuerdo con tu profesión. Mira: en esta alacenita guardo varios venenos. Elige el que menos doloroso te parezca.

—¿Por qué he de morir, capitán Kidd?

—Pienso permanecer en este puerto dos días más, y no quiero disgustos.

—¿No os parece más provechoso un médico en vida, que un cadáver descomponiéndose? Miradme bien, capitán Kidd. Yo sería un magnífico cirujano a bordo. Tengo mucha práctica. Y en tierra, con mi presencia, podría entrar en muchos lugares vedados para vos y vuestra tripulación. Además, como en estos momentos la hipocresía resulta desventajosa, os confesaré los secretos de mi alma. Esos secretos que dividen al ser humano en dos mitades: la una, ejerciendo una profesión, viviendo decentemente, y la otra, llena de obscuros deseos monstruosos. Con vos, a vuestro servicio, mi otra mitad vería se colmada. No le tengo mucho aprecio a la vida…

—Me doy cuenta de que hablas con mucha frialdad de tu propia suerte. Sigue.

La confesión de Barnaby Clements produjo en el propio Kidd, un desalmado completo, cierta repugnancia... Por fin, rió:

—Bien, Barnaby. Te tomo a prueba. Necesito un hombre de tus dotes. Estarás tres días encerrado con grilletes. Después, serás vigilado. Y si me complacen tus servicios, serás mi médico. El médico de la goleta "Adventure".

Aquella conversación que ahora estaba recordando Barnaby Clements había tenido lugar, exactamente, veinticuatro años antes, a principios del año 1799.

También la noche era borrascosa. Pero la goleta "Adventure" de entonces no era la misma que ahora anclaba en la estrecha rada. Ni tampoco su ausente capitán era aquel Kidd, genial malvado, cuyo esqueleto fué disgregándose colgado a orillas del Támesis.

Barnaby Clements acaricióse pensativo y nostálgico la rasurada barbilla. Veinticuatro años...

Pocos hombres en el mundo podrían haber contemplado tantas vesanias, turpitudes y maldades como Barnaby Clements, muchas veces más que espectador, actor.

Pero actor a su modo. Instigador, asesor, consejero. El mismo cargo que desempeñó al dar con la pista de Jonah Kidd, el tercer hijo del famoso filibustero ahorcado.

Un Jonah Kidd que era la reproducción exacta, en carácter y en físico de su padre. Un Jonah Kidd que acogió con entusiasmo la visita del médico que por espacio de veintidós años había servido a las órdenes de Robert Kidd.

Y la propuesta de Barnaby Clements, por su originalidad, había seducido al hijo del pirata. Era digna de un cerebro atormentado, digna de un hombre que, como Clements, considerábase un jugador de ajedrez cuyo tablero fuera el vasto mundo y cuyas piezas los hombres con sus pasiones.

Expuso ante Jonah Kidd las bases esenciales del proyecto. Explotar el miedo de los demás y la ambición del que le escuchaba. Ir en busca de los enterrados tesoros de Robert Kidd.

No, no conocía los lugares, pero sí las proximidades. Y sabrían hallarlos.

¿Medios? Fletar una goleta en todo idéntica a la "Adventure".

Esta pancarta brillaría tan sólo por noches tormentosas, las propicias para estimular la mente supersticiosa de los marineros, y por noches de plena luna, espectrales.

Al timón el propio Jonah Kidd, y un juego complementario de lonas impregnadas de sustancia fosforescente daría brillos fantasmales a las velas.

¿Tripulación? Diez soberbios marinos. Diez antiguos, tripulantes de la verdadera "Adventure". ¿Dónde estaban? Los había ya convocado Barnaby Clements, yendo a visitarles en sus ocultos refugios, donde trataban de rehuir todo posible reconocimiento por parte de la justicia vengadora.

—¡A la mar! —replicó, entusiasmado, Jonah Kidd.

Hacía dos años de aquello... Hasta entonces no habían hallado tesoro alguno. Pero Jonah Kidd, embriagado del sentimiento omnipotente que le producía el navegar sembrando el pánico por doquier, había tenido repetidas ocasiones de demostrar que el "fantasma del capitán Kidd" no sólo igualaba, sino que a veces superaba, en inútiles crueldades, al verdadero Robert Kidd.

Barnaby Clements miró afablemente a los ocho únicos tripulantes de la goleta "fantasma", que ahora, vestidos como pescadores, desfilaban para recoger sus raciones de cena.

Faltaban tres. El propio Jonah Kidd, Edward Kayburns y Jackie Lobster, dos tripulantes.

La científica frialdad de juicio de Barnaby Clements le hacía ser siempre ecuánime. Reconocía que era imposible que en tan breve espacio como el de aquella cubierta pudieran reunirse nueve seres humanos de más baja moralidad.

Se incluía también. Aunque fuera superior a los otros, porque, para él, hacer daño era un juego, y para los otros, un instinto.

Ocho viejos piratas avezados a todos los combates y a todas las indignidades. Los fué mirando a medida que se instalaban en distintos lugares para devorar su cena.

Wildcat, un verdadero gato salvaje. Bloody, el hombre que se hallaba en su elemento cuando corría la sangre. Mournful, el triste, que sólo reía silenciosamente cuando atacaba por la espalda, Witchery, el ferviente adorador de...

Interrumpióse Barnaby Clements en sus pensamientos, porque, al igual que los otros, habíase interesado repentinamente en la

contemplación de otra goleta, de poco calado, que a media vela acercábase a la estrecha rada, también buscando refugio.

Ninguno se sentía intranquilo, porque, en caso de inspección a bordo, todo hubiera revelado los útiles y accesorios de una goleta pesquera.

Y la pancarta “Adventure”, al igual que las velas fosforescentes, estaba escondida en forma ingeniosa.

La goleta que se acercaba ancló en la boca de la rada, y de a bordo surgieron las señales de linterna, en saludo cortés; éste fué cortésmente devuelto por una linterna agitada por Wildcat, al gesto de Barnaby Clements, que en ausencia, y aun muchas veces en presencia, de Jonah Kidd, era el amo a bordo.

Y en la rada quedaron dos goletas, al parecer en espera de que amainara el temporal. Al filo de las tres de la madrugada los dos vigías a bordo de la “Adventure” divisaron en el litoral las señales convenidas.

Un medio arco en trazo inferior, producido por una antorcha, repetido dos veces para terminar en un círculo completo.

Jonah Kidd anunciaba su regreso. Uno de los vigías fué a despertar a Barnaby Clements, y el otro a tres tripulantes, que en pocos instantes arriaron lancha plana.

Un cuarto de hora después, Jonah Kidd entraba en la sala capitana de la goleta, donde ya Barnaby Clements, recubierto de una gran hopalanda, que le confería un aspecto de burgués y dignatario, esperaba a su protegido y discípulo.

Jonah Kidd sentóse, y por unos momentos limitóse a escanciarse ron y golpear de vez en cuando la mesa con puñetazos recios.

Barnaby Clements, conocedor del género humano, pero más aun de Jonah Kidd, habló suavemente:

—Deduzco, Jonah, que algo ha ido mal. No obstante, el viejo Terry no se equivocaba. A quince millas al noroeste de Latacunga está una llanura extensa, llamada siniestra, porque el suelo lo forman traidoras arenas movedizas. Tú, Jonah, seguido a distancia por las sombras, guardaespaldas de Lobster y Rayburns, emprendiste a la luz del día el viaje hacia el mesón, punto de referencia que nos dió el viejo Terry antes de morir estúpidamente...

Acariciόse el médico la barbilla para añadir:

—Una muerte estúpida e inoportuna, que siempre te reprocharé, Jonah. Tu impacienta ante la lenta exposición del viejo Terry, y sus divagaciones, te hicieron apretarle el gaznate en exceso. Era el hombre que por orientación te podía conducir hasta la gruta que en las arenas movedizas oculta el tesoro de Robert, que en paz descanse y goce eterna gloria.

Barnaby Clements, más parecido que nunca a un padre inculcando morales principios a su hijo, agregó:

—Robert Kidd gozará de eterna gloria. Pero tú debes gozar de sus tesoros materiales. ¿No hallaste el mesón?

—Sí.

—¿No hallaste quien pudiera orientarte por las arenas movedizas?

—Sí.

—Entonces, Jonah, todo va bien.

—¡Odio a los españoles! —exclamó de pronto Jonah Kidd, vibrante de contenida cólera y asestando un vigoroso puñetazo en la mesa, que hizo saltar jarro y vaso.

—Una incongruencia que sabrás explicarme. Tú odias a los españoles, dices. ¿Por qué?

—Son locos, sin sentido práctico, orgullosos, intratables, burlones, holgazanes…

—Cálmate, Jonah. La ira es el soplo que apaga la pequeña llamita de la inteligencia. Yo conozco tus pasos hasta el punto que llegaste al mesón. ¿Qué sucedió allí?

—Vino un individuo…

—¿Estabas solo?

—El mesonero nada más. Y un hombre alto, de ojos saltones, que, al verme, marchóse a toda prisa. Por lo que luego siguió, comprendo que aquel primer ocupante del mesón, un tal Gastón d'Arsonval, era cómplice de la cuadrilla.

—Tu incoherencia me abruma, Jonah. Trata de ser más explícito, porque tus incongruencias nada aclaran.

—Excúsame, Barnaby, pero es un tormento saber que a poca distancia de donde estuve hay un tesoro… ¡y que me hizo burla Frasco Zarzales!

Los claros ojos azules del médico inglés miraron a su interlocutor con amable reproche, evidente también en las palabras:

—Jonah, por el diablo querido, tengo que recordarte que el que fué tu padre tenía una claridad de exposición envidiable que no has heredado.

—Tienes razón. La cólera me hace farfullar.

—Bebe otro trago, aspira a fondo, piensa que hemos de vencer, porque poseo mucha claridad de juicio, y adelante, muchacho. Explica claramente lo sucedido.

—Al entrar en el mesón salió, como te dije, Gastón d'Arsonval. Sé que me reconoció, y huyó empavorecido, como tantos otros. A la escasa media hora vino un español, que sentóse a mi lado. Conversamos, y demostrando al principio ser un aventurero simpático, declaró que había visto ahorcar al capitán Kidd, y que, por tanto, como no creía en fantasmas, yo sólo podía ser su hijo, dado el exacto parecido. Insinuó algo sobre el tesoro, y también que conocía el único camino que permitía atravesar las arenas movedizas, sin ser devorado. Pero el tunante tenía un anillo de camafeo, y al tenderme un vaso de ron, vertió en el alcohol polvillo blanco del hueco camafeo. Fingí dormirme narcotizado, después de echarme el ron al coleto, cerrando los dientes, y él quedó engañado.

—De Robert heredaste la cazurrería. Supongo te fingiste narcotizado creyendo que él te llevaría a la gruta, ya que sólo tú sabes dónde escondió tan ingeniosamente Robert el tesoro.

—Eso es. Y estaba él sacudiéndome la cabeza para comprobar que realmente dormía, cuando irrumpió un hombre. ¡Era...!

—Un momento, Jonah. Claridad. El que pretendió narcotizarte, ¿cómo se llamaba?

—Frasco Zarzales.

—Bien. Sigue ahora. No me gusta el confusionismo.

—Decía que irrumpió... ¡el conde Ferblanc!

—Que Satán confunda —dijo Barnaby Clements, con afable entonación, pero brillantes los ojos—. En este mundo hay hombres que no merecen vivir, porque son un escarnio para los demás. Se erigen en defensores de los oprimidos, y tratan de demostrar que el mal es siempre castigado. Los odio, porque si defendieran el bien sólo con palabras, nada pasaría. Pero seres como el Pirata Negro, instigadores, que apoyan a los débiles con su espada, constituyen un oprobio. Interesante tu noticia, Jonah. ¿Sigue en vida el conde Ferblanc?

—Ardió con el mesón. Lobster y Rayburns, sin saber quién era él, lo asaron.

El médico levantóse, y, acercándose a Jonah Kidd, le besó en la frente.

—Gracias, Jonah. El haber dado fin a la molesta carrera del Pirata Negro te concederá gloria eterna.

Jonah Kidd frotóse la frente, asqueado.

—Tus labios son fríos como el aliento de una sierpe, Barnaby. Este besuqueo ha sido ridículo.

Volvió el médico a sentarse. Sonrió, frunciendo los delgados labios.

—Deberías estar orgulloso, Jonah. Es mi primer beso a un hombre. Un símbolo. He besado al vencedor del Pirata Negro. Y ahora que mi alma está inundada de alegre regocijo, continúa. Estoy oyéndote tranquilizado y expectante.

—Irrumpió el conde Ferblanc, que por lo visto tenía cita de duelo pendiente con Zarzales. Me reconoció, extrañado. Zarzales le aclaró que yo era el hijo de Kidd. Pelearon... Un combate maravilloso, pero a la larga hubiera sucumbido Zarzales, a no ser por la irrupción de un enmascarado, todo vestido de negro, con un gran pañuelo de encajes que le envolvía la cabeza. Y por lo que oí, el recién llegado era un bandolero perseguido apodado “Pañuelo Negro”. Empezaron a pelear. El Zarzales era uno de la cuadrilla de “Pañuelo Negro”, igual que Gastón d’Arsonval.

—¿Quiénes peleaban?

—Al principio, “Pañuelo Negro” y Ferblanc. Cuando las cosas iban poniéndose mal para el bandolero, intervino a su favor Zarzales, que hasta entonces era testigo. Y en un momento del combate, que el maldito Ferblanc llevaba a su favor, intervine yo. Salté por la espalda encima de él, y con mis correas le hice prisionero. No quería que Zarzales perdiera la vida. Era el hombre que sabía el camino hacia la gruta.

—Sigue, Jonah. Tus aclaraciones sobran.

—Después... partí con Zarzales, dejando a “Pañuelo Negro” frente al conde Ferblanc prisionero. Al salir, advertí, en inglés, a Lobster y Rayburns, ocultos, que hicieran tierra rasa con el mesón, y se llegaran a la barrancada oeste, límite de la tierra firme con las movedizas. Y entonces... entonces, cuando ya estábamos en la

barrancada, Frasco Zarzales se burló de mí. Dijo que despreciaba el oro, me dijo que yo era un monstruo, y desapareció al galope, internándose en las arenas..., donde no podía seguirle... Cuando Rayburns y Lobster llegaron comunicándome que el mesón con los tres hombres, mesonero, "Pañuelo Negro" y conde Ferblanc, había ardido, les dejé allá en la barrancada, con la orden de apresar a quien entrara o saliera de las arenas.

—Pues, entonces, ¿a qué viene tu furor? Lobster y Rayburns saben cumplir con esos menesteres, y cuando tengas en tu poder a Zarzales ya le haremos cantar.

—Las arenas pueden tener otra salida al sudoeste.

—Llévate los otros "pingüinos".

Con ese calificativo había siempre designado a sus piratas el capitán Kidd. Y la costumbre siguió con Jonah Kidd...

—No me gusta dejar la goleta con pocos hombres. Para la empresa de vigilar y rodear las arenas, necesitaría los ocho "pingüinos".

—Me quedaré yo a bordo. Ya sabes que no hay peligro. Llévatelos a todos, y reúnete con Lobster y Rayburns.

En el umbral, Buster Wildeat, el vigía, enmarcó su flexible silueta nervuda y su rostro salvaje, erizado de vello rojizo.

—Amanece, capitán —dijo, roncamente.

—¿Y a mí qué me importa? —gruñó Jonah Kidd—. ¿Quién te llamó, bestia?

—No seas impulsivo, Jonah —reprochó, suavemente, Clements —. Si Wildeat viene a anunciarnos este inexorable axioma de que a la noche más negra sucede un amanecer más o menos claro, sus razones tendrá. ¿No es verdad, Wildeat?

—La goleta y su capitán, a la vista —replicó Wildeat, estólido, mostrando su catalejo.

—¿Y qué? Ya sé que son pescadores. Eso me dijiste al subir a bordo, Wildeat.

—Archibald Bloody conoce al capitán de la goleta.

—¿Bloody? ¿El perro que ha dejado muchos huesos por Centroamérica después de matar las carnes? ¿Y qué me importa a mí que conozca al capitán de la goleta?

—Es el pirata Valdivia, el costarriqueño. Y Bloody asegura que puede interesarte saber por qué está aquí.

Púsose en pie Jonah Kidd.

—No, Jonah —aconsejó Clements—. Conserva la ventaja. Tú sabes que en aquella goleta hay un pirata. Él no sabe que tú estás aquí. Si le hablas, nada sabrás. Si yo le hablo, aquí mismo, todo lo oirás sin ser visto. Ambos pensamos que quizá la presencia de este pirata tiene que ver con el tesoro. Quizá no. Lo averiguaré, Wildeat, ten la amabilidad de decirle a Archibald Bloody que el capitán Kidd desea verle.

Poco después entraba Archibald Bloody, ancho, bajo, repulsivo, con andares de perdonavidas y rostro estulto de criminal nato.

—Hola, Bloody —saludó el médico—. El capitán Kidd desea saber quién es el capitán de la goleta vecina.

—Es Ernesto Valdivia, el costarriqueño —fué diciendo Archibald Bloody, cuya característica forma de hablar semejaba el gargarismo de quien se dispone a escupir—. Pelo en pecho, temido por sus propios compañeros, porque por nada mata. No hay dos como él. Ninguno se le parece. Tiene fama de cumplir sus amenazas y sus promesas.

—¿Eres amigo suyo?

—Sí.

—Entonces —siguió diciendo Barnaby Clements—, vas a ir a su bordo. Le dirás que sería para mí un gran honor conversar con él, aquí, debido a que estoy delicado y no puedo moverme. No hables para nada del capitán Kidd. Anúnciale mi nombre y que soy médico, y que debido a tu recomendación deseo hacerla una proposición muy interesante, que le reportará, si me ayuda, mucho oro. Vete.

Cuando húbose marchado el pirata, Barnaby Clements señaló un camarote cuya puerta comunicaba con la sala.

—Allí podrás oír, Jonah.

—¿Qué pretendes?

—Dijiste que “Pañuelo Negro” tenía una cuadrilla. Por otra parte, la muerte de Ferblanc puede llevar a las arenas movedizas a sus hombres. Cuantos más tengamos para combatirlos, si la ocasión se presenta, mejor.

—¿Pedir ayuda al costarriqueño?.. ¿Compartir con él “mi” tesoro? ¡Nunca!...

—Tu tesoro vale todos los sacrificios. Por el instante, reconociste

tú mismo que, vistas las complicaciones con las que no contábamos, pocos son tus “pingüinos”. Después… ya sabré yo lo que hacer con Valdivia y los suyos.

Jonah Kidd levantóse, dirigiéndose hacia el camarote.

—Termina pronto, Barnaby. Tengo ya ansias de estar vigilando las arenas movedizas. ¡Y Frasco Zarzales lamentará haberse burlado de mí!

Barnaby Clemente, poco después, observaba interesadísimo al raro ejemplar humano que, en silencio y seguido por Archibald Bloody, acababa entrar en la sala.

Era un hombre, porque de tal vestía, y no había pelos cubriendo por entero su rostro. Pero para el médico, Ernesto Valdivia, el pirata costarriqueño, era clásicamente el pitecántropo, el hombre de Neandertal, la primera evolución del mono en hombre.

Alto, porque tenía largo el busto, Valdivia afianzábase sobre cortas piernas arqueadas, y sus manos, erguido el cuerpo, rozaban sus rodillas. Prognático el rostro, en avance agudo de las mandíbulas, deprimida y huidiza la frente, hundidos los ojos, en los que alentaba la trágica melancolía de los simios, Ernesto Valdivia impresionaba por su exacto parecido con un gorila.

—Bienvenido, capitán Valdivia —saludó Clements, en español—. Sentaos, por favor, y excusadme, si por achaques de vejez no he podido trasladarme a vuestro bordo. Archibald Bloody, vuestro amigo, os habrá dicho quién soy.

—Un médico enfermo —replicó, secamente, Valdivia.

En Clements todo era bondad, afabilidad y serena virtud. En Valdivia, aspecto y voz, denotaban maldad, huraño temple y criminalidad.

—Fui hasta su captura el cirujano del “Adventure”, capitaneado, como no ignoraréis, por Robert Kidd.

—¡Ah!… —y ahora la voz ronca de Valdivia tuvo algo muy semejante a cordialidad.

—Vos conoceréis las leyendas que circulan. Hay quien asegura haber vista la goleta fantasma. Otros han muerto de pavor tocados por la esquelética mano de Robert Kidd.

—¡Ojalá pudiera yo creer que Kidd vive!

—¿Por qué?

—Indudablemente, me abrazaría.

—¿Le conocíais?

—Personalmente, no. Pero él oyó hablar de mí.

—En efecto, creo recordarlo. Escuchad, capitán Valdivia: soy un hombre caduco, que en pocas cosas cree. Pero me deleita la claridad. Tengo entendido que sois fiel a vuestra palabra.

—No sería quien soy si otra cosa hiciera.

—¿Oísteis hablar de los tesoros del capitán Kidd?

—Como todos. Pero Kidd supo ocultarlos tan bien, que nadie los hallará.

—Yo.

—¡Ah! —y de nuevo fué cordial la entonación de Valdivia.

—Decidme, capitán Valdivia: ¿tenéis prisa?

—La borrasca me obligó a refugiarme aquí. Pensaba zarpar. Me dirijo a California.

—Al decir prisa, me refería a si os persiguen.

—Siempre me persiguen, pero nadie me dará caza.

—¿Cuánto pesáis, capitán Valdivia?

—Peregrina pregunta. Peso noventa kilos sólidos.

—¿Cuántos hombres tenéis?

—Treinta.

—Noventa kilos de oro os ofrezco.

—¿Qué poblado hay que arrasar?

—Oh, no pido tanto, capitán Valdivia. Ya que hablamos claro, os presentaré al hijo de Robert Kidd. Por favor, Bloody, despierta al capitán Kidd.

Cuando Jonah Kidd apareció, Ernesto Valdivia, al gruñir su sorpresa, se identificó por completo con un simio parlante:

—¡Guanajo! ¡Sois Kidd en carne y hueso!

—Su hijo nada más.

Media hora después, Jonah Kidd concretaba los puntos elaboradamente discutidos:

—Se trata, pues, de que nadie salga de las arenas movedizas, sin que sea nuestro prisionero. Vos y veinte de vuestros hombres abarcaréis, ocultos, la tierra sólida que rodea por sur, norte y este las arenas movedizas. Yo, y cuatro de los míos, cubriremos con Lobster y Rayburns la barrancada del oeste.

En el rostro de Ernesto Valdivia acentuábase aún más la tristeza de sus hundidos ojos simiescos… desde que había oído decir que el

conde Ferblanc pereció en el mesón incendiado.

Limitóse a exponer su parecer acerca del sitio de las arenas movedizas:

—No es tarea muy fácil, Kidd.

—¿Qué punto difícil apreciáis?

—Acercarse sin ser vistos.

—Conté con ello. A la barrancada oeste, fácil de acercarse sin ser vistos, iremos inmediatamente yo y mis cuatro. Vos y los vuestros iréis por la noche, tomando, no obstante, posiciones en la colina del mesón desde ahora.

Intervino Barnaby Clements:

—Médico soy, pero de mar. Me permito aconsejar que cada hombre vaya provisto de un catalejo.

—Sagaz arma —aprobó Jonah Kidd, ya convencido de su triunfo.

Y media hora después, de la playa, partían veintiséis hombres, dos de los cuales, a caballo, destacábanse de los demás, no sólo por ir al frente, sino por sus personalidades: gigantesca y ancha la una, simiesca y torva la otra.

Y las dos goletas, obedeciendo órdenes, internábanse mar adentro, para no regresar hasta la noche.

Barnaby Clements, a bordo de la “Adventure”, iba ya meditando en el medio más seguro de desembarazarse de Ernesto Valdivia y sus treinta piratas.

CAPÍTULO II

Dos fantasmas, un brujo y los aguiluchos

—¿Vosotros no creéis en fantasmas, verdad, zopencos?

Y el Pirata Negro, tendidas las piernas encima de la mesa y echado hacia atrás en el sillón, miró alternativamente con sarcástica pero afectuosa ojeada a los tres hombres que acababan de entrar en la sala comedor de la mansión del coronel Lezama, a las doce de la noche, mientras fuera soplaba una borrasca ya amenguando.

La pregunta que, a modo de saludo, espetó, produjo en uno de los oyentes un estremecimiento visible, y el navarro Ambrosio Bustamante, tratando de dominar su sacudida nerviosa, procuró también adoptar un aire de indiferencia, como si él se riera de mantos fantasmas existieran, al sentirse observado por la mirada burlona de su jefe.

—Tate... No quiero parecer suspicaz, "Pencas", pero tienes en el hocico el sello de un ignominioso "canguelo". No os choquen mis palabras algo malsonantes, paladines que sois del bien hablar, desde que cuesta una onza cada taco. Resulta, valientes, que nos cansa la inactividad y se nos presenta ocasión de demostrar que somos la gente del "Aquilón", ese buen velero sin par que reposa anclado e inactivo. Quedan, pues, hasta nueva orden, abolidas las disposiciones conducente a elegir meticulosamente las palabras. Arrímate un poco más, "Pencas". Me place tu cara redonda y angelical, impropia del sinvergüenza que eres. Las apariencias siempre engañan, y sacad miga. ¿Quién os fué a avisar? Mi hijo Humberto, que acaba de tener conmigo una agradable sobremesa. Oído al parche, valientes, y que no suenen tambores, que serán vuestras pieles si no contestáis con el corazón en la mano. Tú el primero, "Pencas".

—A la orden, señor.

—¿Qué opinas de mi hijo Humberto?

—Muy… ilustrado. Sabe violín y ha viajado mucho por las principales cortes de la Europa. Yo opino, señor, que cuando crezca más, valdrá mucho.

—Monsergas, zopenco. Tú y vosotros, os veis apurados, pensando en que si me dijerais la verdad acerca del marquesito, os iba yo a zumbar. Quiero recalcar que las apariencias engañan. Si Humberto anda sobre zapatos de baile con lazos, si se emperifolla como una damisela, si se pinta lunares y se empolva, ¿qué significa? ¿Que es poco hombre? ¡Qué va, qué va!… Apariencias… Es la moda, ¿sabéis, borricos? ¿Que os molesta que un hijo mío salga violinista y perfumado? ¡A mí también! Pero no durará…

Y la sincera risa del Pirata Negro dibujó por eco en los tres semblantes de los que escuchaban, sonrisas complacidas.

—Vayamos a otra apariencia. ¿Oíste hablar del fantasma del capitán Kidd, “Pencas”?

—No mucho, señor, porque cuando empezaban a explicarme sus apariciones me tapaba yo los oídos, si era amigo quien contaba, o le tapaba la boca de puñada si era ajeno a mí.

—¿Qué es un fantasma, “Pencas”?

—¡Ah, señor! Esos malos espíritus que arrastran cadenas, llevan sudarios, y se escurren por entre cipreses en las noches frías donde la luna los despierta.

—Cuento todo, grullo. Yo acabo de ver al fantasma del capitán Kidd, y era de carne y hueso. Era su hijo, en todo idéntico a él. Y me he propuesto apabullarlo, por dos razones. Primera: en poco estuvo que por su culpa ardiera yo en mesón de ínfima categoría. Segunda: al que pretende dar miedo, démosle pánico con cucharón. Es extraño, mis valientes, pero desde que Humberto me ha comunicado que ha compuesto una música que pronto tocará ante la buena sociedad de Latacunga, y que ha intitulado “El Brujo del Mar”, me he propuesto demostrarle que soy el Brujo número uno. ¿Y cómo? Aplastando al fantasma de Kidd, y sus comparsas. Pero quiero matar dos pájaros de un mismo tiro. Hay otro fantasma… No arrastra cadenas, aunque viste lúgubremente de negro. Me refiero a “Pañuelo Negro”. Opina, “Pencas”. Me reposa.

—Es hora ya, señor, de que ese bandolero diga quién es, porque

te atosiga el no saberlo.

—Exacto. Pero no me lo dirá por las buenas. Se trata pues de cazarlo al igual que a sus dos ayudantes. Y vosotros tres junto con don Marcelo, que os espera cerca de las arenas movedizas, vais a



—¿Qué es un fantasma, "Pencas"?

ser mis aguiluchos. En pocas palabras os expondré el caso. Jonah Kidd y sus piratas, saben que Frasco Zarzales y Gastón d'Arsonval, los comparsas de "Pañuelo Negro", se esconden a salvo en las arenas movedizas, porque allí nadie se aventura sin conocer el camino. Jonah Kidd quiere cazar a Zarzales, a d'Arsonval, y sin proponérselo podría cazar a "Pañuelo Negro". Y yo, quiero cazarlos a todos ellos. ¿Está claro? Vosotros tres y don Marcelo valéis por todos juntos. Ahora os reuniréis con él, que os espera en la barrancada oeste de las arenas movedizas, paraje que tú, "Rucio", ya conoces. Yo me asomaré a tiempo. Es una empresa soberbia. Cazar dos fantasmas a la vez. ¿Quedáis bien enterados?

—Sí, señor —replicaron, al unísono, los tres.

—Por último, una advertencia. Sé que desde que don Marcelo adoptó a Colasa, la perra de aguas, os disteis las grandes panzadas de reír a su costa. ¿Por qué, "Pencas"?

—Porque "Cien Chirlos" hablaba a la perra como si fuera una

mujer, y le dice cosas cariñosas, señor.

—Bien. Pues sabed, que a no ser por "Colasa", a la cual acabo de dejar instalada confortablemente en su caseta, yo estaría convertido en cenizas. Sabed que gracias a ella, con sus dentelladas y su inteligencia, pudimos salvarnos de la quema del mesón, yo y don Marcelo. Al primero, pues, que se ría de la perra o tome a chacota las afectuosidades para con ella de don Marcelo, le partiré la nariz, porque debo a la nariz de "Colasa" el estar en vida. ¿Queda esto también claro?

Los tres asintieron vigorosamente.

—En camino pues. Llevad lazos y red. Y buena pesca.

Durmió Lezama para recuperar fuerzas después de los agitados acontecimientos de la tarde anterior, de crepúsculo que podía haberle sido fatal.

A las seis de la mañana, envió a un soldado al cuartel del Tercer Tercio, comunicando que debía ausentarse "por exigencias del servicio", y que se hiciera cargo del mando accidental el comandante ayudante.

Y se acababa de ajustar el cinto, cuando en el salón entró Cheij, alborotado el cabello y fruncido el ceño.

Acercóse al Pirata Negro, y asiéndole la diestra la besó, gesto que en Lezama suscitaba renovada emoción y agrado.

—Hola, chacal. ¿Te desvela el amor? Porque te gusta horrores el dormir.

—Buenos días, padre. Grave es el asunto que aquí me trae. Tan grave, que temo malas consecuencias.

—Tate... Amaneces tormentoso, chacal. ¿Reñiste con Gabriela?

—Más grave aún, padre.

—¡Diablos! Empiezo a alarmarme, hijo. ¿Desayunaste?

—Aun no, padre.

—Entonces, llena el buche, que la tripa vacía nos hace ver más obscuras las cosas que no están de por sí muy claras.

—Como quieras, padre, pero no tengo apetito.

—Con la soga al cuello, yo me comí una vez una tajada de cerdo ahumado que me supo a gloria. Y gracias al tiempo que empleé en saborearla, pude salvarme. Ahí tienes tus dátiles, tu carne cruda, la miel y el agua.

Enlazando los hombros de su predilecto, Carlos Lezama le había

acompañado hasta el comedor.

Dócilmente, aunque con ceño fruncido, fué comiendo Cheij. El Pirata Negro afectaba tranquilidad, pero estaba inquieto... Sospechaba que algo acerca del "amor puro e impersonal" de Humberto de Ferjus había llegado a oídos de Cheij...

—Bien, chacal. ¿De qué se trata?

—Ayer llegó Humberto, tu hijo...

—Tu hermano, Cheij.

—Mi hermano... ¡Y él o yo sobramos aquí!

—No me digas... —silabeó zumbón, Lezama, aunque íntimamente sentíase dolorido—. Los dos sois mis hijos, y ninguno sobra.

—Es cruel lo que tengo que decir, padre... ¡pero no quiero quedarme aquí, si permanece entre nosotros Humberto!

—Hay sitio para todos. Mi casa es grande... y mi manga también, Cheij.

Cheij dobló la cabeza para ocultar el rostro entre las manos. Y sordamente, su voz llegó amenazadora:

—Si Humberto sigue aquí... ¡lo mato!

—So, so... —masculló el Pirata Negro—. Esa es la sílaba que apacigua a los potros rebeldes. Creo que desvarías, chacal. Aquí dentro, para matar una mosca, me piden permiso. Mucho más, por lo tanto, siendo tú un hijo cabal, me expondrás las razones por las cuales quieres quitar de en medio a un pacífico artista.

—¡Ama a Gabriela! ¡Y Gabriela lo encuentra agradable!

—Quítate las manos de delante las mirillas, chacal. Mírame bien, que las pupilas hablándose, ayudan a soltar palabras. Bulle mucho la sangre en tus venas, y hasta ahora te dominas, porque me haces caso. Acabas de decir dos necedades... ¡So, so, que tengo la palabra yo! Y perdona el ripio... Escucha, mocito... En la vida surgen ya bastantes complicaciones, y es por lo tanto innecesario que nos creemos nuevas por añadidura. Acabas de soltar dos necedades, lógicas en hombre enamorado, si es de temperamento impetuoso. Eres hijo de un pirata y una zíngara apasionada, Cheij. Era muy bella tu madre, Cheij... Karmi, una llama de la que me prendí... Era celosa, y me halagaba, pero supe moderar su predisposición a ver irrealidades. ¿Cuáles son tus irrealidades?

—¡Humberto ama a Gabriela, que es mi prometida, que será mi

esposa!

—Pruebas, hijo.

—Carmen, la doncella de Gabriela, le ha contado a ésta, que Humberto lleva en su equipaje un cuadro. Un cuadro cubierto por un velo… Carmen ha levantado el velo… ¡y la mujer del cuadro es Gabriela! ¡El cuadro que allá en Francia pintó Julien Martel!

—Bien, ¿y qué?

Cheij Lezama pasó de un contenido furor a un asombro repentino.

—Padre…

—Ni padre ni abuela. Veamos si nos entendemos, mocito. ¿No estuviste tú hace unas semanas visitando a la bailarina “Cascabel”?

—Me gusta la danza, y el arte me impulsó a recordar los tiempos en que me llamaban “El Arlequín Burlón”, y el “Derviche Torbellino”… Era arte…

—La palabra que encaja como uña en carne. Eso del cuadro, lo he sabido yo esta noche, y Humberto me ha explicado las razones. Considera esa pintura una musa impersonal, alguien inexistente, que le inspira melodías.

—¡Es Gabriela!

—En un lienzo y con pinturas. El original es tuyo, chacal. Para Humberto, Gabriela es tan sólo una musa; como lo es su madre, prodigio de ternuras, como lo soy yo, Brujo del Mar, prodigio de detestables violencias. Precisamente tuve una conversación profunda con Humberto. Es un artista, y esos no pueden enamorarse de personas reales, sino de representaciones, de vaguedades inapreciables, que no pueden contener desilusiones, porque son sueños… Trata de comprender, mocito, que un artista soñador no puede ser tu rival. Y ahora vayamos a terrenos más reales. Sin darte cuenta estás ofendiendo a Gabriela.

—¿Yo?

—Tú, porque te molesta que Gabriela encuentre agradable a Humberto. ¿Es que acaso tu esposa no puede encontrar simpático a tu hermano? No seas mezquino, que ya es de por sí bastante desagradable ese tema, para que aparezcas como un celoso sin derecho ni razón. ¡Magnífico, magnífico! —fingió burlarse, aunque continuara inquieto—. El señor Cheij Lezama quiere matar a su propio hermano, porque éste tiene un cuadro donde al igual que

está Gabriela, podría estar la reina de España, y además se muerde las uñas, porque doña Gabriela Lucientes y otras hierbas, manifiesta que Humberto de Ferjus no le resulta antipático. ¡Córcholis, chacal! Si cada vez que Gabriela indique que un hombre es cortés y agradable, me lo matas, va a resultar muy barata la piel de los hombres corteses. Pero en fin, eso lo aclararemos a mi manera. Abordando, sable en alto. Ahora tengo prisa, Cheij, pero a mi regreso, charlaremos los cuatro. Tu tormento, el violinista, tú y yo. Y todo quedará arreglado...

—Un favor te pido, padre.

—Todos concedidos, si sensatos son.

—No me dejes aquí.

—¿Por qué?

—Estando tú presente y oyéndote, se disipan mis celos. Pero, Humberto es exasperante... Y yo, sin querer, le podría... pegar... Y no me lo perdonaría, porque es tu hijo.

—Tu hermano; es tu hermano, muchacho. En fin, quizá te convenga aplacar un poco los ánimos. Vas a venir conmigo... Y cuando estemos de vuelta, verás como el cuadro es solamente un cuadro, y nada más.

Ya en el jardín, y a caballo, el Pirata Negro contemplo con agrado la viril figura de Cheij, cuya bota izquierda rozaba con su diestra.

—Yo creo que adivino el motivo fundamental de tu mal, Cheij...

Y al paso de los caballos salieron del jardín, para emprender a ligero trote la ruta al noroeste de Latacunga.

—Tu mal, Cheij, es que no tienes más ocupación que la deliciosa de adorar y ser adorado. De vez en cuando, un poco de movimiento peligroso, conviene. Eres un luchador, y estás conviniéndote en un gato doméstico. Y la sangre te bulle al menor roce, y aumentas las pequeñeces.

—Tienes razón, padre. Contigo todo resulta claro.

—Porque juzgo los asuntos de los demás, hace ya mucho tiempo. Y comprenderás que tratándose de ti, es como si fuera asunto mío. Reconozco que si de pronto me sale un hermanito como Humberto, quizá me pasaría lo que a ti. Pero hay apariencias engañosas, hijo. Yo te aseguro que en la voluntaria inclinación que nos demuestra Humberto a ser desagradable, y a incordiar, alienta un espíritu

semejante al nuestro, sólo que abarca la aventura complicadamente, a lo artista. Vendrá el arco iris, y los tres juntos, recorreremos caminos alegres de aventura. Ahora somos dos en el mismo camino... ¿sabes a dónde conduce?

—No, padre.

—A las arenas movedizas, procurando cuando te lo avise, no ser vistos.

Explicó el Pirata Negro todo lo sucedido en el mesón, hasta que él y "Cien Chirlos", atacando por sorpresa a los dos piratas ingleses[1], quedaron dueños de la barrancada, donde ahora estarían ya Ambrosio Bustamante, Lucio Agudo y Juan Pérez.

—Una caza mayor. No ya Kidd y sus asesinos, sino "Pañuelo Negro" y sus cómplices, que tienen preso en la gruta a Diego Lucientes.

—¿Y qué haremos, padre, cuando esté en nuestro poder "Pañuelo Negro"?

—Soberbio, chacal. Antes de empezar la caza, ya los das a todos por cazados.

—¿Qué pueden los zorros y los reptiles contra el león?

—Tu confianza en mí me despepita —sonrió, alegremente, el Pirata Negro—. Eso digo yo: ¿qué pueden contra el león los reptiles de Jonah Kidd y los zorros bandoleros? Y además, estando conmigo el huracán chacal, no hay ejército que se nos resista.

Faltaban unas leguas para la colina donde, en su cumbre, un montón de ruinas ennegrecidas señalaba los restos del mesón, cuando Carlos Lezama tocó en el hombre a Cheij.

—Los reptiles se arrastran, y los zorros saben esconderse. Empecemos, pues, a imitarles. Ya entramos en parajes donde cada árbol puede esconder un reptil, y cada revuelta un zorro. Un aviso, hijo: a los reptiles, aplastarlos. A los zorros, cazarlos. Son los zorros animales simpáticos, y me lo es tanto "Pañuelo Negro", como Frasco Zarzales y Gastón d'Arsonval.

—A la orden, mi coronel —sonrió Cheij.

Ya la cercanía de peligro, de combate y actividad, le hacía olvidar por unos instantes el cuadro, la musa y el artista.

A lo lejos, la llanura amarillenta de las mortales arenas movedizas, reflejaba siniestros y mortecinos resplandores tocada por el único elemento que podía hacerlo sin ser deglutido: el sol.

CAPITULO III

Al acecho...

"Cien Chirlos", oculto en la oquedad abierta en una de las escarpadas paredes del laberíntico barranco, oía impasible el graznar lúgubre de los cuervos, y el cercano rugir de la borrasca, cuyos silbidos iban decreciendo a medida que se aproximaba el amanecer.

Vigilaba incansablemente la llanura arenosa, y todos los puntos cardinales. Desde aquel lugar, nadie se acercaría donde se hallaba, sin que le viera.

Empezaba a calcular que serían las tres de la madrugada, cuando repentinamente sus músculos se pusieron tensos, y con cautos ademanes fué "preparándose".

Colocó entre sus dientes, el puñal. Amartilló la pistola en la zurda, y empuñó el mango de su sable.

Y siguió observando las tres sombras que, sigilosamente, aprovechando todos los accidentes del terreno, iban acercándose al barranco.

Tres sombras que demostraban un hondo conocimiento del talentudo oficio de pasar desapercibidos. Pero desde su caverna, "Cien Chirlos", dotado del también talentudo oficio de escrutar negros horizontes, esperaba anhelante, deseoso ya de disparar un pistoletazo, sacudir un tajo, y hundir su puñal.

Tres acciones simultáneas... La forma de actuar de aquellos bultos, denotaba intenciones claras. Y eran piratas, seguramente compañeros de los dos que, amarrados y amordazados, yacían tendidos en un hoyo, cercano al ocupado por "Cien Chirlos".

El lugarteniente del "Aquilón", con mueca elocuente de disgusto, enfundó sus tres armas. No había pelea...

Acababa de reconocer en la sombra que avanzaba en primer término, la inconfundible figura de Ambrosio Bustamante.

Pareció que un búho silbaba... Y desde su oquedad, “Cien Chirlos” replicó al imitador del ave nocturna.

Y en el hoyo que ocupó hasta entonces, quedaron apretadamente instalados los tres recién llegados.

—Sin novedad, compadre —saludó el navarro—. Yo opino que en esta cueva se está calentito.

—¿Nos calaste? —inquirió Lucio Agudo.

—Pregunta necia —dijo Juan Pérez, el “gracioso” del “Aquilón”—. ¿No sabéis que nuestro segundo jefe, oye volar un mosquito a veinte pasos, y os dice si es narigudo o chato?

—Chato se va a ver alguno, si se cree que estamos aquí para tomarme el pelo. ¡Voto a Belcebú! —murmuró “Cien Chirlos”, acomodando su vozarrón a más bajo diapasón posible—. Antes de que amanezca, tú, Rucio, te meterás en el hoyo tercero, empezando a contar por el que enfrente está.

—A la orden.

—Tu, Juanelo, en el segundo.

—A la orden.

—Y tú, “Pencas”, en el primero, a mi lado.

—A la orden. Y ahora, don Marcelo, sin guasas y hablando en serio, yo opino que *primmum*...

—¿Eso de primo a qué viene? —gruñó “Cien Chirlos”, receloso.

—*Primum* significa primero, que así hablamos los cultos que entendemos de latines. Primero, pues, que desde aquí las vemos todas y nadie nos oye. Un rato, pues, de expansión, opino que nos sentará bueno. *Secundum*, te debemos pedir perdón, compadre. Y con mucha seriedad, ¡que maldita sea!, nos reímos como imbéciles de tu “Colasa”, y resulta que si ahora viene ella y me pide que le dé el hueso de mi pierna para roerlo, me lo descarno. Sabemos que se debe a tu hermosa perra el haber dado con la pista de “Pañuelo Negro” y además salvó la vida del jefe, y la tuya. Por lo tanto, yo opino que desde ahora “Colasa” es la acaparadora de toda nuestra simpatía y debemos quererla, y al que de ella se ría o tan siquiera la amenace, nos le comemos los hígados.

—¡Bien hablado! —aprobó Juanelo.— ¡“Colasa” es algo serio!

—Lo mejor de lo mejor —asintió, sinceramente, “Rucio”.

—¿Veis, so brutos? —afanóse “Cien Chirlos” halagadísimo—. Os lo dije, y os guaseabais. Y ahora dándole coba a la guapa... Por cierto, la dejé atada, y a lo mejor pasa frío.

—No te inquietes, compadre —le tranquilizó “Pencas”—. El jefe la llevó a casa. Me decía Juanelo que la “Colasa” tiene unas lanas que hay que peinarlas, porque le dijo un veterinario que se les rizan y enredan, y les duelen.

—Y que les gusta comer arroz con leche —añadió Juanelo.

En la penumbra, “Cien Chirlos” escrutó el taimado rostro del “gracioso”, dispuesto a golpearlo, pero comprobando la sinceridad del que hablaba, preguntó:

—¿Seguro que le gustará el arroz con leche?

—Vaya que sí. Yo no soy perro, y me hace babear.

—Ya quisieras tú ser perro. Yo opino, que se está la mar de bien aquí dentro. ¿Quién te atizó en la calabaza, compadre?

Tocóse "Cien Chirlos” la vendada cabeza.

—Fué “Pañuelo Negro”... Pero verás tú cuando le meta yo mano. Le voy a dejar la cabeza cuadrada.

—Eso de la cabeza cuadrada me recuerda una cuchufleta que le oí contar a un verdugo que me estaba vigilando, allá en Panamá hace bastante tiempo, y que por cierto, fué cuándo conocí a mi jefe, que fué el que me salvó la pelleja. Resulta pues que el verdugo me estaba palpando la cabeza, y yo, que estaba sudoroso y poco dispuesto a bromas, quise saber a qué venía el toque en mi sesera, y...

—Lo contarás mañana —atajó “Cien Chirlos”—. ¡So borricos! ¿Acaso os pensáis que hemos venido acá a contarnos insulseces?

—Oye... ¡Qué bien ha estado esa palabra última! Hay que mover los labios como echándolos fuera y tragándolos luego, como cuando se come algo sabroso. ¿Qué significa?

“Cien Chirlos”, que repetía muchas veces palabras oídas al Pirata Negro, cuyo significado aplicaba sin mucha seguridad, prefirió evadir la respuesta.

—Cómprate un libro de “granmástica” y lo sabrás. Mirad hacia arriba, y veréis que dentro de poco amanecerá. Cada uno a su hoyo, y a quien pase por debajo, me lo aseguráis. Ojo y pulso. Vete tú primero, “Rucio”, y que no te vislumbren. Pueden rondar por allá arriba los ingleses.

Salió Lucio Agudo, convirtiéndose en un gigantesco caracol hasta entrar en el sitio designado.

—Anda, tú ahora, Juanelo.

Y mientras el aludido imitaba a “Rucio”, “Cien Chirlos” asintió a las palabras de Ambrosio Bustamante.

—Sí, es verdad. No he visto aún al señorito Humberto.

—No lo lamentes, compadre. ¿Tú fuiste su padrino, no?

—Como lo fui del señorito Cheij —declaró, hinchando el pecho, el lugarteniente.

—Es un empolvado muñeco inútil, que sólo sabe rascar el violín. Y se ha pasado la tarde dándonos músicas.

—“El” lo arreglará —dijo, confiado. “Cien Chirlos”—. Anda, a tu olivo, mochuelo.

—Bueno, y de veras, ¿eh, compadre?.. “Colasa” es estupenda.

—Eso ya lo sabía yo “Pencas” —agradeció el lugarteniente—. Y ahora a lo nuestro. Al acecho.

* * *

Ernesto Valdivia, al quedar todos los piratas ocultos por la maleza que rodeaba el altozano del mesón, desmontó.

Jonah Kidd hizo lo mismo, y tras él, agrupáronse los cuatro “pingüinos” que le habían acompañado: Buster Wildeat, Archibald Bloody. Silas Mournful, y Mark Witchery, la “flor y nata” de su tripulación.

—Desde aquí divisamos perfectamente toda la llanura, la barrancada oeste y los promontorios del sur —expuso Jonah Kidd —. Nadie puede salir sin que le veamos. Ni nadie acercarse tampoco. Propongo, pues, que al anochecer ocupemos las posiciones de sitio. Ya que si el español Zarzales intenta salir lo cazarán Lobster y Rayburns, y si no, nosotros.

—Pueden pues subir a los árboles los que se pongan al acecho con los catalejos —comentó Ernesto Valdivia—. Bastarán dos por punto cardinal.

Ordenó a ocho de los suyos que ejercieran de vigías, teniendo por mar la arenosa llanura.

—Buen lugar, capitán Valdivia —manifestó Kidd—. Nadie nos ve y todo lo vemos.

—Al anochecer, con mis doce restantes, ocuparé los puntos sur, norte y este, Kidd.

—Yo, con mis cuatro “pingüinos”, la barranca del oeste. ¡Sabrá Zarzales que de mí nadie se burla!

* * *

Carlos Lezama y Cheij hacía una hora que habían llegado al mismo lugar donde ahora acampaban los piratas de Valdivia y de Jonah Kidd.

Entre el altozano donde se erguían los ruinosos cimientos del calcinado mesón y la barrancada que, a modo de fortaleza, cerraba el paso a las mortíferas arenas, había una declinante vegetación.

—Luce mucho el sol hoy para día de enero, chacal. Desde la llanura pueden vernos. Creo será mejor quedarnos aquí, hasta, que se mueva algo. Nada vive por los alrededores, aparte los bichos. Seguramente no tendremos que esperar mucho. Hermoso pájaro aquél. Un negro cuervo. Amarra tu jamelgo a este árbol, Cheij. Rodéalo los belfos con la falsa rienda. Podría relinchar. Explícaselo… Los animales nos entienden si les hablamos ingenuamente, porque sólo los anímale de dos pies y con lengua parlanchina, no comprenden y se aprovechan de las ajenas ingenuidades.

Pasó el tiempo, y sentados los dos hombres, iba el Pirata Negro, sin dejar de otear los contornos, exponiendo teorías personales, que su hijo escuchaba ensimismado y atento.

Y de pronto, truncó el Pirata Negro la charla:

—…Giro el timón, chacal. Huelo a sangre… porque van llegando reptiles.

Cheij miró hacia donde lo hacía Lezama en pie, pero agazapado tras un matorral de altas y espinosas flores silvestres.

—¿Cuántos has contado, hijo?

—Veintiséis, de los cuales, ocho encaramaronse a árboles.

—¿No hay uno que te recuerda a alguien?

—¡Sí! Pero me pareció imposible.

—Nada hay imposible. El capitán Ernesto Valdivia, reciente ingresado en la Legión del Mar[2] ya se explicará. Y me complace contar con su eficaz ayuda. ¡Pobre Jonah Kidd! Moraleja: el oro ciega. Es risible: todos al acecho. Todo es trampa. Jonah Kidd cree que allá en la barranca están sus dos hombres, y están cuatro míos, y los mejores. Jonah Kidd cree que el antiguo pirata famoso Ernesto Valdivia se ha aliado para buscar el tesoro de la gruta, y Valdivia le

dará la mayor sorpresa posible. Jonah Kidd cree que estoy convertido en un montoncito de cenizas, y aquí estoy. ¿Qué resultará de todo esto, chacal?

—Que desaparecerá un fantasma, y sabrás quién es “Pañuelo Negro”.

—Hermoso día, pues. Han acampado. Esperarán las tinieblas. Tinieblas, el más adecuado encuadre para que el fantasma de Kidd, vea a otro fantasma: el mío.

—¿Intento ponerme en contacto con el capitán Valdivia?

—Más tarde. Esperemos los movimientos ajenos. Es la mejor estrategia. Por ahora, ¿todos al acecho? Pues no seamos en exceso originales. Quedémonos al acecho.

El sol iba ascendiendo bañando en oro las arenas que en su seno contenían el oro del capitán Kidd.

En su cénit, el sol palideció cuando un ejército de nubes, corriendo unas tras otras, como en juego, fueron invadiendo el cielo.

La superficie barrosa y amarillenta de las arenas movedizas, fué adquiriendo tonalidades grisáceas, tétricas…

En los cuatro hoyos del barranco, en la vertiente meridional del altozano y en la más avanzada del declive hacia las sitiadas arenas movedizas, treinta y dos hombres de muy distintos caracteres, cuyo único punto en común era la costumbre de vivir peligrosamente, acechaban, mientras las tinieblas iban obscureciendo los parajes y el cielo repleto de nubes viajeras, amenazaba cercana tormenta ecuatorial.

CAPÍTULO IV

La gruta del tesoro

—Job a mi lado, era un cascarrabias impaciente —dijo el pelirrojo, sentado en un escabel.

Una linterna iluminaba la concavidad abierta en la roca del subterráneo. Las paredes estaban recubiertas de damasco rojo.

La única vía de acceso a la concavidad estaba obstruida por un enrejado de sólidos hierros. Y al otro lado del enrejado, dos hombres, ante una pequeña mesita, comían con buen apetito.

Los comensales, Gastón d'Arsonval y Frasco Zarzales, siguieron masticando, mientras el prisionero Diego Luciente, continuó expresando su descontento.

—Venga mover el bigote, carceleros, y yo pudriéndome en esta covacha. No me mires con risas mudas, Zarzales del infierno. Te divierte verme enjaulado, por orden de "Pañuelo Negro". ¡A mí no! Ya sé que me soltaréis cuando lo disponga ese maldito y misterioso rufián, del que sois instrumentos. ¿No os da vergüenza, señores? Presumís de gallardos capitanes de fortuna, y sois ahora unos carceleros inmundos, infectos y putrefactos.

Frasco Zarzales apartó el plato, y rió.

—Por más que quieras, Diego, nunca lograrás ofender a los que te aprecian. ¿Estás preso? Por tu culpa, querido entrometido. Si no fueras un imprudente bebedor, que quiso saber quién era "Pañuelo Negro", seguirías libre.

Gastón d'Arsonval hurgábase los dientes con una astilla que acababa de cortar de la rústica mesa. Miro con sus saltones ojos al madrileño, y atusándose a mano abierta la perilla y el mostacho, intervino:



El belga estaba intranquilo.

—No te enojes, Diego. He intimado contigo, y te he cogido aprecio. Somos tres buenos amigos... Y tu encierro ha evitado que ambos nos peleáramos

—Eso es —asintió Frasco Zarzales—. Verás, Diego... Cuando tu hija se case, y nosotros ya nada tengamos que hacer aquí, podemos unirnos ya que “Pañuelo Negro” no nos necesitará. Y será magnífico. Los tres unidos, daremos mucha guerra.

—Ya, ya… Pero mientras, aquí estoy yo como un mono amaestrado, encerrado a la fuerza, con engañoso narcótico que me diste.

—El saber no ocupa lugar —sentenció d’Arsonval, con su característico redoblar de “erres”—. Cuanto nos aparte de la prosaica rutina del diario vivir, debe ser bien recibido. Mucho nos hemos instruido desde que nos hemos conocido, Diego. Eso me recuerda lo que me sucedió allá en la tierra del Gran Visir Turco. Una odalisca fué raptada por diez piratas berberiscos, pero… ¡ah, caballeros!… estaba yo a la vista, y flameando mi espada…

—No te molestes, Gastón —terció, riendo, Zarzales—. Diego Lucientes sabe ya que las hazañas que relatas no son verdad, y en cambio te callas las que realizas.

—Lo inventado es siempre tan bonito… —pareció lamentarse el original belga—. En fin, otro día te contaré eso de la odalisca.

—Ya basta con lo que estamos viviendo —comentó Lucientes—. ¿Os parece poco inverosímil estar los tres en una gruta, donde hay un tesoro escondido, y que no sabemos dónde está? Parece uno de esos relatos de marineros borrachos.

—*In vino varitas* —expuso Zarzales—. Jonah Kidd es el único que sabe dónde escondió su padre el tesoro. Y parece una adivinanza. Me dijo quo podía yo excavar hasta el centro de la tierra, sin hallarlo.

—Por lo tanto, excavemos hasta el cielo —replicó d’Arsonval.

—¿Eh?

—El techo o las paredes, ya que no el suelo.

—¿Para qué queremos oro ni joyas?

—Bandolero, bandolero… —canturreó Lucientes—. ¿No jugáis a bandidos generosos? Pues ya lo dice la coplilla: “Con la zurda, robando a los ricos; con la diestra dando a los pobres”.

—“Pañuelo Negro”, cuando venga, decidirá.

—Escuchad, carceleros. Yo, enjaulado, os demostraré que tengo más claridad de juicio que vosotros. ¿Habéis pensado que se va conformar Jonah Kidd?

—Qué remedio le queda… Y si no que se meta por las arenas, con zancos de leguas.

—Puede hacer algo más sencillo.

—¿Sí?

—Aguardar en el barranco.

—Ya cuento con esto, Diego. Por eso, ahora saldré por el punto opuesto, al caer las tinieblas. Por el mismo punto en que esta noche, cuando dije que iba a dormir, salí para dejar mensaje de aviso a “Pañuelo Negro”, notificándole que no empleara como paso el barranco. Y todo resuelto.

—¿Te las sabes todas, no, tunante? —gruñó Lucientes—. Ya que te vas, lo prometido es deuda.

Y por entre los hierros pasó Lucientes la diestra, dejando caer un papel doblado.

—Carta para tranquilizar a mi encanto de niña, Léela, Frasco, y aprenderás cómo las gasta un padre ejemplar.

Frasco Zarzales desdobló el papel escrito, y leyó:

“Doña:

“No os apuréis por mi ausencia. Estoy perfectamente, y he dado con algo muy interesante. Una cueva de cenobita, donde me dedico a meditar en cosas muy serias. No indico donde está, porque requiero reposo, soledad y meditación.

”El portador, amigo mío, echará este mensaje en el buzón dispuesto por maese Huarte para recibir toda clase de comunicaciones. Pronto regresaré, porque no quiero perderme el emocionante espectáculo de la boda del gallardo Cheij con la más bonita de las mujercitas.

”Con la seguridad de que pronto vivirás el día más feliz de la existencia de una mujer, me siento orgulloso de ser padre de un dechado de perfecciones como lo eres.”

Diego Lucientes.”

Post-scriptum: Saludos a Mireya, y beso los pies del coronel Lezama.”

Gastón d'Arsonval apartó la mano con que empujaba el pabellón de su oreja en ademán de escuchar atentamente.

—Carta discreta y amable, Diego. Apruebo.

—Apruebo —repitió Zarzales.

—¿Y quién repámpanos sois para aprobarme?

—Tus carceleros —rió Zarzales, poniéndose en pie.

—Estad atento, capitán Zarzales —dijo d’Arsonval, recurriendo al ceremonioso tratamiento de los instantes serios—. También por el sur puede haber alguien al acecho. ¿No sería preferible que llevara yo este mensaje?

—¿Por qué?

—No soy conocido.

—Os vió Jonah Kidd, capitán d’Arsonval. Además, no insistáis. Resulta que tengo que ir a Latacunga, porque... en fin, hay un balcón florido, donde pasando vi no ha mucho, un rostro de rosa, y unos ojos de violeta.

—No insisto, capitán Zarzales. Pero recordad que pueden estar al acecho de vuestra salida.

—¿Y qué es la vida, sino continuo acecho?

—Adiós, filósofo —ironizó Lucientes, al alejarse Zarzales—. Dale recuerdos a la rosa que huele a violetas. Y recordad, y dejadme insistir, en que puede estar al acecho un novio, un hermano o un esposo, que sea el floricultor.

Frasco Zarzales dejó oír su alegre carcajada, y poco después abandonaba la gruta del tesoro.

—¿Una partida de naipes, Diego —propuso d’Arsonval.

—Bueno... Pero, ¿cómo vamos a jugar?

—Con todas las precauciones debidas. Vigilaré tus manos.

—Me lo suponía. Así da asco jugar. No soy un tramposo.

—No me refiero a eso, sino a que podrían darte tentaciones de agarrarme, y coger las llaves que abren el rastrillo.

—¿Será mal pensado? —masculló, contrariado, Lucientes—. ¡Renuncio! No juego. Prefiero escribir poesías sobre el tesoro de la gruta. Imaginaré que lo guarda una hada de cabellos negros y ojos verdes.

Gastón d’Arsonval levantóse, cuando comprobó que en efecto, abstraído y mordiendo el extremo de una pluma de ganso, Diego Lucientes murmuraba palabras mirando el bajo techo cóncavo de su improvisada prisión.

El belga estaba intranquilo. Se asomó por el lado sur del subterráneo. Las tinieblas cubrían la llanura arenosa.

El aire olía a tormenta, que a juzgar por lejanos resplandores, habíase ya desencadenado en el mar.

Pero las nubes viajaban en el cielo densamente obscuro, sin

estabilizarse sobre la llanura de las arenas movedizas.

Gastón d'Arsonval experimentaba hacia el joven Zarzales, un afecto paternal. El, empedernido huidor de amoríos, le encontraba tan sólo un defecto al sevillano.

Su carácter enamoradizo, siempre en busca le "eternos amores" que duraban a lo sumo, semanas. Confiaba en la destreza, fuerza y recursos de Frasco Zarzales, pero quiso comprobar que nada amenazaba la salida por el lado sur.

A pie, envuelto en su capa, fué orientándose por el ingenioso sistema sólo conocido por "Pañuelo Negro", Zarzales y él. Un paso en falso significaba la más horrible de las muertes, devorado por las succionadoras arenas.

Pero Gastón d'Arsonval pisaba firme y seguro. El pelado promontorio que iniciaba la tierra sólida, mostrábase voluminoso... Empezó Gastón d'Arsonval a ascenderlo, ignorante de que al otro lado del promontorio, cuatro hombres armados, esperaban.

Esperaban ocultos... Gastón d'Arsonval, en la cima del promontorio, no vió a los que le acechaban. Pero vió a lo lejos la silueta de un jinete dirigiéndose hacia el noroeste. Y tranquilizado, dió media vuelta.

Poco después, estaba de nuevo en la gruta del tesoro. Y los cuatro hombres ocultos no se sintieron irritados como el cazador que falla una pieza, porque habían cumplido la orden del que les mandaba. Una orden que el capitán Valdivia había dado, después de recibir una sorpresa que había iluminado por un instante sus ojos habitualmente melancólicos.

CAPÍTULO V

La Redada

Las tinieblas avanzaron, y Jonah Kidd, acercándose a Ernesto Valdivia, manifestó su opinión.

—Hora es ya, capitán.

—Propicio cielo, Kidd.

—Yo, con mis “pingüinos”, voy al barranco.

—Yo, con mis hombres, a los otros tres puntos cardinales.

—¿Dejáis aquí a los vigías?

—Sí. Cortarán el paso.

—Una hora antes del amanecer reunión aquí mismo, capitán Valdivia. Buena suerte. Os mandaré enlace si capturo a Zarzales, o cualquier otro de la cuadrilla.

—Lo mismo haré.

Jonah Kidd partió en las tinieblas.

Ernesto Valdivia, a cuyo alrededor agrupábanse los doce restantes componentes de la Legión del Mar, aguardo hasta que transcurrieron varios minutos.

—Tres grupos a voluntad —empezó a ordenar—. Por el norte, sur y este, pero cuidando no resbalar en las arenas. Misión: apresar a quien de las arenas salga, y traérmelo aquí, ileso en lo más posible. Los ocho que conmigo quedan...

Interrumpióse Ernesto Valdivia para tender el oído. Debía ser algún pájaro... Unos trinos armoniosos iban acercándose...

—Los ocho que conmigo quedan saben ya que Jonah Kidd y sus asesinos serán ajusticiados por la muerte del conde Ferblanc. En cuanto a vosotros, pensad que capturando al que salga de las arenas, habréis capturado a lo mejor al propio “Pañuelo Negro” y...

De nuevo se interrumpió. Y exclamó irritado:

—¿Quién silba la contraseña de la Legión del Mar?

—Yo, capitán Valdivia. Y si aludís a la Legión, es porque todos los que con vos se hallan son de vuestra confianza, y no lo eran los cinco que hacia el barranco se dirigen.

—¡Imposible! —bramó Valdivia, avanzando a ciegas hacia la voz que hablaba—. ¡Es... sois... el conde Ferblanc!

—Por muchos años, vuestro amigo —y el Pirata Negro acercóse, acompañado de Cheij.

Las manos de Ernesto Valdivia parecieron querer incrustarse en los hombros del jefe de la Legión del Mar.

—¿Sois vos?

—Tate... ¿Os enseño la partida de nacimiento?

—Perdonad... Es que Jonah Kidd dijo que...

—El mesón, las cenizas y demás, ¿no? Bah, capitán. También en las islas Galápagos, los demás se creyeron que me habíais ahorcado. Apariencias, amigo; sólo apariencias, Y ya que me veis y no soy fantasma, quizá podríais explicarme la inteligente oportunidad por la cual estáis con Jonah Kidd.

—Hace dos noches, uno de mis hombres vió la goleta capitaneada por Jonah Kidd. Sabéis que mi obligación es patrullar por el litoral, con mi goleta. No me gusto la aparición de la nave que después de desembarcar a tres sujetos, hízose de nuevo a la mar. Cuando a la noche siguiente, hace veinticuatro horas, ancló... hice yo lo mismo.

Y explicó luego Valdivia la visita de Archibald Bloody, y su entrevista primero con Barnaby Clements, y después con Jonah Kidd, y lo decidido hasta el presente momento.

—Bien, capitán Valdivia, Que partan, pues, los tres grupos, pero dadles una orden especial.

—Mandad, conde Ferblanc.

—Por vuestro conducto. Si de las arenas movedizas salen más de tres hombres, que disparen no a herir, sino como aviso. Un disparo el grupo Este, dos el Sur, tres el Norte, con la cual sabremos a dónde acudir, si hay lucha y sabrán los que pretendan salir, que están sitiados. Si son menos de tres, captura, que para eso llevan redes y lazos y están ejercitados en su manejo. Ninguno cometerá la estúpida imbecilidad de pretender seguir a nadie que se halle menos de veinte pasos del borde de las arenas. Mandad, capitán Valdivia, y

pueden salir.

Los tres grupos se alejaron cuando el costarriqueño hubo transmitido la orden del Pirata Negro.

Regresó para manifestar:

—¿Y ahora, conde Ferblanc, qué hacemos con Kidd y los suyos? Se han dirigido a la barrancada, donde les aguardan otros dos piratas ingleses.

—Vamos hacia allá. La redada será completa. Sabed que en el barranco están cuatro hombres, que son los mejores del “Aquilón”.

* * *

Cuatro hoyos, cuatro hombres al acecho. Las tinieblas eran aún más densas, en el barranco.

Jonah Kidd y los cuatro “pingüinos” de su tripulación, distaban media legua del barranco, cuando Buster Wildcat, que como los restantes, avanzaba a gatas y encubierto por la vegetación, quedó arrodillado, mientras en su hombro apoyábase la ancha mano de Jonah Kidd.

—Avisa, Wildcat.

El pirata colocó alrededor de su boca las dos manos ahuecadas. Y de su garganta salió un risible sonido: el croar de una rana, emitido por cuatro veces a intervalos de cuatro segundos.

Y los cinco asesinos agazapados aguardaron la respuesta que Lobster debía dar como contraseña: el más agudo graznido de la gaviota.

Pero nada semejante al molesto sonido se percibió.

—No te habrán oído. Están lejos. Acércate más.

Pasaron más de diez minutos, en los que a intervalos regulares oíase el croar de una rana, sin que ninguna gaviota le hiciera eco.

Buster Wildcat, arrastrándose, regresó junto a su jefe.

—Se habrán dormido, capitán —comentó.

—No tal.

—¿Avanzo hasta el barranco?

—No. Déjame pensar.

Al cabo de un instante, dijo Jonah Kidd:

—Sólo hay una explicación. Están muertos o en poder de la cuadrilla de “Pañuelo Negro”.

—Puede el pirata costarriqueño sacarnos las castañas del fuego, capitán —insinuó Buster Wildcat.

En la obscuridad, Jonah Kidd contrajo el rostro en mueca sardónica de fruición.

—Tienes razón, Wildcat. Si allá en el barranco hay emboscada, justo es que el capitán Valdivia, que tiene más hombres, resuelva la situación. Avisa a los otros tres que retrocedan, para reunimos con la retaguardia de Valdivia. Las rencillas entre españoles deben ser los españoles quienes las resuelvan. Nosotros sólo podemos contender con los que son de nuestro calibre. Nadie mejor que un pirata español, para entendérselas con bandidos de su nación.

—...y también de las otras naciones.

La inesperada frase, brotando en la obscuridad cerca del lugar donde Jonah Kidd acababa de ver alejarse raptando a Wildcat, sobresaltó al inglés.

Ernesto Valdivia, eufórico desde que sabía en vida al conde Ferblanc, continuaba ostentando un rostro de simiesca melancolía. Y más chocante resultaba su ironía, al añadir:

—Oí croar ranas; pero parece que no os gusten las cercanías de las menas movedizas. ¿Ocurre algo?

—No contestan mis dos hombres que allá dejé. Sería preferible, puesto que tenéis más hombres, que los vuestros ayudaran a los míos a penetrar en el barranco, capitán Valdivia.

—Lo considero lógico. Venid, pues, y allá prepararemos la expedición que si es preciso tomará por asalto el barranco.

El inglés siguió tras las largas zancadas del costarriqueño en dirección al altozano.

Mientras, los ocho hombres pertenecientes a la Legión del Mar, ejercitados a diario para menesteres semejantes, aguardaban apostados convenientemente.

Y los cuatro piratas ingleses, que avanzaban confiados hacia donde suponían hallar compañeros de profesión, no tuvieron ni tiempo de defenderse, porque sobre cada uno de ellos cayó el peso de dos marinos, uno de los cuales blandía como maza la culata de su pistola, asestándola sin miramientos, mientras el otro procedía a inmovilizar con ligaduras los brazos del atacado.

Cheij, a un lado del sendero, a cuyo extremo veíanse avanzar las dos características siluetas de Valdivia y Kidd, suplicó:

—Déjame desfogarme con ese asesino inglés, padre. Hace tiempo que no lucho. Sería para mí una distracción.

—Distráete, hijo. También yo tengo deseos de verte en acción. Pero teniendo en cuenta que quiero justificar el apelativo de “Brujo del Mar”, con que me obsequia Humberto en melodía creadora, pretendo terminar con el fantasma de Kidd y su goleta en forma que resulte para siempre ejemplar, en evitación de que en el futuro alguno pretendiera explotar el miedo y la superstición de los demás. O sea, chacal, que permiso tienes para luchar, pero no para matar. ¿Entendido? A ello y a tu manera.

Distaban ya solamente unos diez pasos entre Jonah Kidd y Ernesto Valdivia, cuando del matorral surgió la esbelta figura del joven Cheij.

Jonah Kidd, creyendo sería alguno de los subordinados del capitán costarriqueño, siguió andando. Limitóse a mirar cejijunto al joven que le cerraba el paso. Pero respetuoso con la disciplina, conminó a Valdivia:

—Decid a vuestro hombre que ceda el paso, capitán Valdivia.

—¿A qué hombre, capitán Kidd? —inquirió, flemáticamente, el costarriqueño.

—¡A este! —exclamó Jonah Kidd, señalando a Cheij, que continuaba inmóvil a dos pasos, frente al coloso británico.

—No mando en é. No pertenece a mi tripulación.

—¿Qué torpe chanza es esa? ¿Pretendéis hacerme creer que este hombre ha aparecido por milagro aquí? Aparta, muchacho —fingió el pirata inglés contemporizar—. Luego explicarás los motivos por los que rondas estos parajes malsanos.

—Luego, o ahora, mejor —silabeó, lentamente, Cheij—. Estoy aquí para cerrarte el paso porque se ha terminado tu carrera de crímenes, Jonah Kidd. Tengo por costumbre ser correcto, pero en honor a alguien que me escucha, trataré de demostrar que no en balde soy su hijo. ¿Deseas saber qué me trae aquí? El vehemente deseo de partirte la boca, machacarte los sesos y patearte los huesos. Si no está bastante claro, te lo puedo decir en inglés.

Jonah Kidd arqueó los poderosos brazos, ostentando en el ancho rostro una sonrisa malévola.

—¿Estás en tus cabales, imbécil? ¿Os dais cuenta, capitán Valdivia? Este imberbe jovencito pretende pelear conmigo. Aparta, insensato, antes que te aplaste como a un insecto, luego ya me dirás quién eres.

—Soy el hijo del conde Ferblanc.

—¡Ah! Eso está más claro. Deseas, pues, hacer compañía en los infiernos al que asaron mis "pingüinos".

Y antes de terminar la frase, el inglés, con alevosía, abalanzóse inesperadamente, para poner en práctica la presa infalible con que en poderoso abrazo a la cintura de su adversario, quebraba la columna vertebral del que se le oponía.

Era un ataque del cual nadie hasta entonces había conseguido librarse y por un instante creyó Jonah Kidd contar con una rápida victoria.

Pero tardó en darse cuenta de lo sucedido, porque en su mandíbula un violento puntapié, le vetó por un instante el raciocinio.

Cheij, en salto hacia arriba, habíase escurrido y a la vez su bota derecha propinó contundente punterazo en la parte inferior del rostro del inglés, que, abrazando aire, retrocedió hacia atrás.

Y al caer Cheij sobre sus pies, limitóse a desabrochar el cinto que sostenía el armamento del inglés. Cinto que Ernesto Valdivia apartó con el pie.

Jonah Kidd, murmurando blasfemias, tanteó inútilmente en busca de sus pistolas, de su espada y puñal...

Creyó alucinación la presencia de un hombre que a espaldas de su reciente enemigo, contemplaba la escena, apoyados los puños en las caderas y con semblante satisfecho.

—No soy el fantasma de mí mismo —explicó, amablemente, el Pirata Negro—. Es natural que mi hijo se las entienda contigo, porque no tolera burlas a la memoria del que fué tu padre. Dale fuerte, chacal, porque Jonah Kidd hasta hoy no ha luchado con quien, como tú, le va a hacer papilla.

Y si no entiendes lo que quiere decir papilla, Jonah Kidd, mi hijo te lo traducirá prácticamente.

Cheij, alegremente, empujó por un hombro al aturdido inglés.

—Anda, gigante. Te voy a enseñar cómo pican los mosquitos cuando son españoles.

—¿Qué trampa es esta? —rugió Jonah Kidd, mirando a Valdivia.

Éste se encogió de hombros, replicando:

—Yo soy Poncio Pilatos.

Jonah Kidd, de nuevo con alevosía., fingiendo mirar a Valdivia,

abalanzóse para intentar sorprender a su joven adversario. Volvió a abrazar el aire, para, colérico, gruñir fieramente al ver el acrobático salto con el cual Cheij habíase librado por segunda vez de la temible presa.

—¡Wildcat, Bloody, Mournful, Wutchery! —gritó Jonah Kidd, llamando a sus cuatro hombres, que ignoraba yacían sin sentido y prisioneros en poder de la Legión del Mar.

No obtuvo la respuesta que esperaba, sino que vióse, de pronto, inverosímilmente zarandeado. El esbelto joven, de hermoso semblante soñador, habíase convertido repentinamente en un torbellino saltarín, que desde distintos puntos y a velocidad increíble, asestaba profusión de golpes con puños y pies al coloso inglés...

Tanto Valdivia como el Pirata Negro habían asistido numerosísimas veces, ya como actores, ya como espectadores, a múltiples combates en que la fuerza se prodigaba. Pero ahora, complacidos y asombrados, vieron cómo el gigantesco hércules parecía un guiñapo que grotescamente intentaba en vano zafarse y arremeter. Prodigaba Jonah Kidd no sólo puñetazos que hubieran derribado a un buey, sino toda otra clase de golpes. Mostraba los dientes amarillos en mueca de fiera enfurecida. Y todo en vano.

Girando a su alrededor, Cheij parecía jugar. Pero era un juego demoledor. Valdivia abrió la boca, pasmado, cuando vió en lo alto, cogido por la entrepierna y el cuello, al gesticulante pirata inglés, el cual, al extremo de los brazos de Cheij, describió un arco cuyo final fué el tronco de un árbol.

—¡Reposo, chacal! —intervino Lezama, interponiéndose entre el gigante derribado y sin sentido y Cheij.

El muchacho, embriagado por su naturaleza impetuosa, tardó unos instantes en recuperarse. Sonrió, abriendo la palma de la diestra en alto.

—No lo he matado, padre.

—No, pero con otras sacudidas por el estilo lo deslomas definitivamente. Eres soberbio chacal. Felizmente, nunca pelearemos tú y yo. Ahora vete al extremo de las arenas donde han apresado a Frasco Zarzales y tráetelo aquí. Buena redada.

Alejóse Cheij, mientras, arrodillado, Ernesto Valdivia procedía a atar concienzudamente al desvanecido y molido pirata inglés.

—Os felicito, conde Ferblanc. ¡Daría no sé qué por tener un hijo como el vuestro! Nunca vi nada parecido. Ha sido magnífico...

—En efecto. Magnífico. Pero será preferible que el chacal se vaya durmiendo y se convierta en pacífico marido. Con este modo de pelear destrozaría a muchos.

—Manejó a ese fardo de cien kilos tomo si fuera un plumón de ganso. ¿Qué hacemos con Jonah Kidd y sus cuatro “pingüinos”, conde Ferblanc?

—¿No jugaban a fantasmas? Les daremos gusto. Arderán con su goleta, colgados de los palos. Dejaremos a los sitiadores de las arenas, para que se resuelva de una vez el misterio de “Pañuelo Negro”. Encargaré a mis hombres la custodia de Frasco Zarzales y nos dirigiremos a la goleta “Adventure” para terminar con las andanzas del fantasma de Kidd.

Poco después, Cheij, sujetando por atrás los atados brazos de Frasco Zarzales, apareció, exponiendo:

—Intentó escapar, pero pude impedirlo.

—Hola, señor Zarzales-sonrió el Pirata Negro —. Me place verte.

—No tanto puedo decir por las circunstancias, conde Ferblanc. Me cazaron como a una fiera, con redes y lazos, y a traición.

—Amigo; en guerra y en amor todos los medios son buenos y eres tú el menos indicado para quejarte, ya que mientes amores con la red de tu labia y ayudas a bandolero. Te habrás dado cuenta de que nadie saldrá de las arenas movedizas sin caer en mi poder. Debe ya terminarse el juego de “Pañuelo Negro”. Por lo pronto, como considero inútil pretender hacerte cantar, te conservaré a buen recaudo, al igual que d´Arsonval y “Pañuelo Negro” han hecho con Lucientes.

—Cartas llevo para su hija.

—La entregará mi hijo.

—¿Es tu hijo ese buen mozo de músculos de acero? Enhorabuena.

—Gracias, Zarzales. Me agrada ver que sabes perder sin perder por eso tu simpatía.

—No todo han de ser pérdidas. Ahora estoy inerme, pero cuando esté libre, con la misma simpatía con que me tratas, te trataré, Lezama.

—¿No temes que te entregue al virrey?

—Tú no eres proveedor del verdugo, hidalgo. Hay entre nosotros un duelo entablado, pero con alegre ferocidad, sin malignos propósitos. “Pañuelo Negro” es un bandolero que hace justicia, y tú un justiciero con alma de bandolero romántico.

—Menos labia, Zarzales, que no soy yo damita en estado de merecer. Vayamos al barranco.

El Pirata Negro silbó adecuadamente y de los cuatro hoyos surgieron cuatro cabezas. A otro silbido, deslizóse uno de los cuatro al acecho.

Era “Cien Chirlos”, que contempló con fervor al Pirata Negro, con afecto a Cheij y con indiferencia al prisionero.

—Sin novedad, señor. Nadie ha entrado ni salido.

—Trae acá a los dos ingleses machucados, que nos los llevaremos. Y en cuanto a este caballero, aunque lo veas con amarras, trátalo con simpatía, porque es amigo mío, pero por el instante me interesa conservarlo a buen recaudo. Ojo con él, sin embargo, porque es como mi chacal. Parece un alegre trovador y peleando es un energúmeno. Conque no le pierdas de vista. Mañana vendré acá.

Alboreaba, cuando una comitiva compuesta de siete hombres amarrados en larga hilera, avanzaba hacia una playa, custodiados por tres jinetes: el Pirata Negro, Cheij y Ernesto Valdivia.

Daban frente a la goleta “Adventure” y a la otra perteneciente a la Legión del Mar.

Allá en las arenas movedizas, todos los hombres de Valdivia sitiaban el fatídico lugar, menos por el barranco donde “Cien Chirlos” y los otros tres acechaban.

Y en cubierta de la goleta, Barnaby Clements acariciábase la barbilla rasurada. Más que nunca semejaba todo un caballero nato, de austera desenvoltura. En sus claros ojos azules había una expresión de absoluta calma y seguridad.

No obstante, sabía que Jonah Kidd y los otros seis estaban presos y en poder de La Legión del Mar y también sabía que la goleta que semejaba una inofensiva nave pesquera, tenía sus ocultos cañones enfocados sobre la “Adventure”.

Y estaba solo a bordo. Los otros cuatro se hallaban en tierra. Barnaby Clements era un cerebro bien organizado y para él, todos los actos humanos ajenos eran movimientos de una gigantesca

partida de ajedrez donde él pretendía ser maestro.

Por eso, cuando divisó la silueta de Ernesto Valdivia en pie a proa de la lancha que tripulada por cuatro remeros le conducía hacia su goleta, más allá de la “Adventure”, Barnaby Clements, ceremoniosamente, le dedicó un saludo.

También sabía que el capitán Valdivia iba a cerrar todo posible a la “Adventure”, pero eso no inmutaba a Barnaby Clements, que siguió asistiendo impasible a las demás operaciones que consistieron en la botadura de tres lanchas con cinco remeros cada una, que destacándose de la goleta de la Legión del Mar, fueron a la playa, de donde regresaron hacia el “Adventure” conduciendo a siete hombres presos. Jonah Kidd y los seis piratas ingleses, descalabrados.

En la primera lancha, la que atracó junto a la escalerilla que pendía al costado de la “Adventure”, iban Carlos Lezama y su hijo Cheij.

Pero tampoco se inmutó Barnaby Clements, cuando el Pirata Negro, subiendo a bordo, le espetó:

—En nombre de la Legión del Mar, daos preso, por estar a bordo de esta goleta. ¿Quién sois?

—Barnaby Clements, médico de a bordo. ¿Y vos, caballero?

—Conde Ferblanc. ¡Eh, valientes! ¡Izad a esos fantasmas que van a encontrar aquí su definitivo ataúd! ¡Presto, que tengo prisa!

Barnaby Clements siguió acariciándose la barbilla. Sin armas y con su aspecto señorial, parecía un alto personaje, presenciando indiferente los preparativos para la cercana liquidación de una tripulación de piratas asesinos.

—¿Me es lícito, conde Ferblanc, solicitar de vos un informe?

El Pirata Negro miró con curiosidad al cirujano. Sonrió.

—Estoy a vuestra disposición para informaros de cuanto deseéis, caballero, que tal parecéis. No me puedo negar a los corteses requerimientos de un condenado a muerte por horca.

—¿Os parecen de poco valor las vidas de cuantos tripulan la goleta “Adventure”, conde Ferblanc?

—Terminó la macabra aventura, Barnaby Clements. Jonah Kidd y los suyos, entre los que os contáis, han cesado su carrera de crímenes. ¿Qué sucede, contramaestre?

El interpelado, que acababa de cuadrarse ante Lezama, expuso:

—Los cuatro restantes tripulantes, señor conde, no se encuentran a bordo. No ha quedado un solo rincón sin registrar.

Miró Lezama interrogante al cirujano, que replicó, mientras a una señal de Lezama, el marino se alejaba junto a los prisioneros.

—En efecto. Los llamados Stanley Horner, Frick Flashings, Joe Cavendish y Plum Bargein, no están a bordo.

—La redada no ha sido completa, pero ya caerán.

—Depende de vos, conde.

—Naturalmente —replicó Lezama, algo extrañado.

—Por eso os pregunté en cuánto valorabais las vidas de vuestros prisioneros, entre los que me incluyo. Con claridad, señor conde: yo y mis compañeros no valemos siquiera la cuerda que ha de colgarnos. Somos asesinos, como habéis dicho. Somos escorias de la humanidad. ¿Valen ocho asesino la deliciosa continuidad de la existencia de la señora marquesa de Ferjus? Creo que sí, porque vuestra esposa posee un valor incalculable.

CAPÍTULO VII

Jaque mate

El Pirata Negro asió por el coleto al cirujano.

—¿Qué intentas insinuar?

—Podéis matarme, que poco valor le doy a mi puerca vida, ya que aquí os he esperado. Pero muerto yo, ha terminado la partida de ajedrez, que ahora está en jaque a la reina. La reina de vuestros momentos felices, a la cual aún podéis salvar. Os ruego que no os manchéis rozando mi coleto, señor conde. Mi vida tiene mucho valor para vos, ya que de ella depende la de vuestra esposa. ¿Me es lícito indicaros que suspendáis por un instante la ejecución de estos prisioneros y os sirváis seguirme a la sala capitana, donde os explicaré cuanto ha sucedido en el día de hoy?

Carlos Lezama, soltando al médico, le siguió al entrepuente. En cubierta quedaron los siete prisioneros, custodiados por los marinos de la Legión del Mar, y Cheij, que se disponía a seguir a su padre, permaneció donde estaba al gesto conminativo del Pirata Negro.

Barnaby Clements, como anfitrión que hace los honores de su mejor aposento, indicó a Lezama uno de los escabeles.

—Es largo lo que he de contar. El tiempo no apremia, ya que nuestras horas son tal como las hacemos. Intensas o breves.

—Abrevia.

—Es extraño que por doquier mi personalidad suscite respeto, y en vos, algo parecido a repugnancia.

—Los que en cubierta esperan ser ahorcados son viles, pero casi les redime de su vileza el hecho de que actúan impelidos por móviles malvados pero humanos: ambición, afán de matar, crueldad... Tú, en cambio, eres fríamente perverso.

—No. Soy un jugador de ajedrez que mueve piezas humanas. Es

el más magnífico de los juegos, os lo aseguro. Pero en esta partida no actúo con frialdad, puesto que os odio. Os odio porque representáis la caballerosidad y el buen impulso... Representáis lo que fui antaño. Pero no creo que os interesen mis nostalgias. Me habéis pedido brevedad. Os complazco: vuestra esposa está debidamente atendida por Horner, Flashing, Cavendish y Bargain... Un instante, señor. Percibo en vuestras pupilas un fulgor sanguinario... Ni el tormento ni el maltrato me harán decir el lugar donde Mireya de Ferjus permanece prisionera de cuatro desalmados, que por el instante ninguna vesanía cometerán con ella, porque saben que el tesoro, la goleta y la vida de todos nosotros dependen del gran tesoro que vos veis en la incólume integridad de Mireya de Ferjus. Dejadme que os explique esta jugada que de triunfante os convierte en perdedor. Siempre he procurado asegurarme el mayor número de posibilidades. No fío en la capacidad de los demás. Cuando Jonah Kidd me comunicó vuestra muerte, tuve un arrebato de alegría. Después quise cerciorarme y bajé a tierra a las ocho de la mañana, dirigiéndome a Latacunga, que supuse sumida en luto por la muerte del conde Ferblanc... Retrocedamos veinticuatro horas. Quiero que veáis, paso a paso, la mejor de mis partidas de ajedrez. Os ahorraré la descripción de mi estado de ánimo al saber que no sólo estabais en vida, sino que habíais partido hacia las arenas movedizas, destacando primero a vuestros hombres de más confianza que habitualmente vigilan vuestro hogar. Lo hicisteis sin temor, ya que briosos soldados del Tercer Tercio, del cual sois coronel, custodian vuestro hogar en guardia de honor. Acrecentó mi desazón averiguar que Ernesto Valdivia, el famoso pirata costarriqueño, era el más reciente de vuestros capitanes de la Legión el Mar. Supuse, pues, que Jonah Kidd había caído en emboscada. Os diré particularmente que el tesoro oculto en las arenas movedizas, no me interesa sobremanera. Lo que me interesa es ganaros esta partida, conde Ferblanc. ¡Jaque, pues, a la reina! Esta fué la idea que se me ocurrió, ya que en todo veo piezas de ajedrez. ¿Qué mejor triunfo que cercar vuestra reina? Estudié la posibilidad de atacar los peones, que en lenguaje vulgar podían ser los que rodeaban a Mireya de Ferjus. Dos peones importantes: vuestra futura nuera Gabriela Lucientes y vuestro hijo menor, Humberto, el marqués

artista. Os voy a exponer la destreza con que moví las piezas... Con la ayuda de mi explicación, veréis fácilmente lo que sucedió a partir de ayer tarde hacia las cuatro, en vuestro hogar, donde se inicié la jugada decisiva.

* * *

Mireya de Ferjus, hacia las cuatro la tarde del día anterior, oía, desde el cercano salón, la extraña melodía del violín que interpretaba Humberto de Ferjus en la salita, acompañado por Gabriela Lucientes, cuyas manos pulsaban el clavicordio arrancando de él tímidos acordes, frecuentemente interrumpidos, porque aún no se había familiarizado con la rara composición.

A los diez minutos, cesó toda música y Mireya oyó claramente la pregunta de Gabriela:

—¿Cómo intitulas esta desconcertante música, Humberto?

—“El Brujo del Mar”. Tiene como motivo repetido un lamento: el del mar, tumba de millones de ahogados sobre cuyas aguas-cementerio nuevos veleros abren surcos siempre borrados que cubren de sudarios azules las continuas víctimas. Los crescendos fingen soplas de colérica borrasca y a instantes las cuerdas desgranan la retadora carcajada engreída, del que siempre surcó vencedor el mar. Es un tema violento, cuya brutalidad no acostumbra a inspirarme. Prefiero los buenos modales pacíficos de la gente de tierra, en cuyas tenues intrigas brota siempre manantial de inspiración.

Para Mireya de Ferjus las frases de su hijo sonaban a profunda cultura. Para Gabriela, a leve pedantería amable. La corta edad real de Humberto, no podía aparecer ni en su aspecto ni en su conversación.

Pero la pelirroja encontraba agradable la cortesía del “violinista aristócrata”, que tenía, además, el prestigio de la aureola de ser el artista reclamado y ovacionado en las principales cortes europeas.

Y también, sentía ella cierta zozobra, al recordar la confidencia de Carmen, la doncella. Un cuadro, pintado en Francia por Julien Martel y que la reproducía a ella, era el objeto al cual, después de sus violines, concedía Humberto los mayores cuidados.

Por rectitud de corazón, Gabriela quiso abordar aquel tema y aunque con leve sonrojo, puso firmeza en voz, al empezar:

—Ya que Cheij, mi prometido, está ausente, quisiera, Humberto,

que con entera franqueza habláramos de nosotros tres. Me resulta difícil el hacerlo, porque es materia delicada. Cheij es muy impetuoso, me... quiere celosamente y aunque haya vivido en cortes como la de París, no tolera... homenajes... Yo... ¡me refiero al cuadro! —terminó Gabriela, precipitadamente.

La sonrisa de Humberto de Ferjus nada tuvo de hiriente como acostumbraba, sino que fué afectuosa.

—Este cuadro lo adquirí cuando tuvo lugar la venta de tu castillo, Gaby. Es una obra de arte y si me inspira dulces sentimientos, no debe ni puede ofenderse Cheij Lezama, porque la figura femenina que el pintor plasmó es una musa, no una mujer. Debe tu prometido tener en cuenta que este cuadro está en mi poder desde mucho antes de que yo supiera quién eras tú, ni que él fuera mi hermano. Dejemos este tema, Gaby, porque a ti te cohíbe, y si como supongo, el conde Ferblanc me pide explicaciones en nombre de su hijo, sabré dárselas.

—Me duele oírte nombrar con esa frialdad a tu padre y hermano. Humberto. Es extraño, pero me haces el efecto de ser muy distinto a como aparentas. Eres amable, viril y afectuoso conmigo y, en cambio..., parece como si te esforzaras en ser voluntariamente antipático con los demás. A la inversa de como ocurre con mucha gente, es como si tú te colocaras una máscara de frialdad para ocultar la verdadera nobleza de tu carácter...

La sonrisa de Humberto fué de nuevo agradable, mientras decía:

—Quizá tu sensibilidad femenina me adorna con cualidades inexistentes. Lo esencial, Gaby, es que unidos por afinidades artísticas, reine entre ambos una buena amistad...

Interrumpiose Humberto, porque en el umbral del salón, Carmen, la doncella, manteníase respetuosamente atenta.

—¿Qué quieres, Carmen? —interrogó Gabriela.

—Un caballero extranjero está en la sala y desea ser recibido por el señor marqués.

Barnaby Clements leía con asiduidad la “Gaceta de Londres”, cuyos números conservaba. Por la mañana habíase informado de muchos rumores concernientes a cuanto rodeaba la vida azarosa del conde Ferblanc, ahora coronel del Tercer Tercio.

Entre los tales rumores, había grabado en su mente los referentes al “afamado violinista aristócrata” y al de la presunta y

proclamada cobardía del segundo hijo del coronel Lezama, que, a bordo del barco que había recogido a los pasajeros de Europa, había tenido un incidente con un oficial, negándose a batirse con él alegando desenfadadamente que no sólo ignoraba el manejo de toda arma, sino que detestaba la violencia, argumentando que era patrimonio del artista vivir en un mundo aparte, donde la valentía es menospreciada por ser cualidad de gente vulgar.

Leyó Barnaby Clements los números de la “Gaceta de Londres” que le interesaban y poseedor de otros informes no menos valiosos, dictó órdenes a los cuatro piratas que quedaban a bordo de la “Adventure”.

Y hacia las cuatro de la tarde, en la sala del hogar del coronel Lezama, el maligno desalmado, impecablemente vestido, más británico que nunca en su apostura, hizo un cortés saludo al entrar Humberto de Ferjus.

—Barnaby Clements, squire, vuestro servidor, señor marqués, en visita particular, aunque por motivos estrechamente relacionados con mi favorita preocupación.

Innumerables veces, en el transcurso de sus dos años de recorrer las principales cortes europeas, había Humberto recibido visitas semejantes.

Supo Barnaby Clements emplear muy bien sus recientes lecturas de la página de crítica musical de la “Gaceta de Londres”. Le favorecía en mucho para su supuesta personalidad de “consocio del Drury Lane” londinense, su aspecto patricio. Insistió en que si debido al azar generoso podía asistir a la anunciada presentación del conocidísimo artista en el teatro Real de Latacunga, confiaba poder también llevar a Londres a su regreso la promesa de futuros conciertos.

Era tan grata la presencia como la conversación de Barnaby Clements, y sabía dar la completa impresión de un *dilettante* profundo conocedor de artes diversos. Y Humberto de Ferjus, sabedor de la típica costumbre inglesa, para prolongar su agradable conversación con el culto visitante, le invitó a un refrigerio, al cual asistieron Mireya y Gabriela, las cuales quedaron también prendidas del encanto que emanaba del anciano de terso cutis e infantiles ojos de límpido azul.

Manifestó Humberto que debía personarse en el teatro Real a fin

de dar su aprobación al cartel que anunciaría para el día siguiente, a las siete de la tarde, la primera presentación del "violinista aristócrata" que interpretaría por primera vez también, entre otras composiciones, su última creación "El Brujo del Mar".

Aceptó Barnaby Clements el acompañarles, paseando. Iban delante Humberto y Gabriela y Mireya charlaba complacida con el médico de la goleta pirata "Adventure".

Fué el propio Humberto, quien, señalando una proclama impresa adherida a una esquina, comentó:

—Para según qué mentalidades también el hombre aquí designado es un artista.

Era el edicto publicado por el virrey, colocando fuera de la ley al misterioso bandolero enmascarado con encajes negros, que en dos recientes apariciones había tan sólo dejado como huellas un pañuelo negro y una marea trazada a punta de espada en forma de triple cicatriz formando la letra "F".

—Según he oído-dijo Barnaby Clementes-es el señor conde Ferblanc quien ha recibido el honroso privilegio de poner fin a las correrías del bandolero.

—Es su actual diversión-explicó Humberto de Ferjus.

Media hora después, se presentó la ocasión que pacientemente esperaba Barnaby Clements desde que por la mañana tuvo la certeza de que Jonah Kidd había caído en poder de la Legión del Mar.

Hallábanse Gabriela y Humberto en el centro del tablado del Teatro Real. Ella, ante el clavicordio, y él, arpegiando los primeros compases del "Brujo del Mar".

Manifestó Barnaby Clements su gran interés por conocer de cerca la arquitectura del templo de Latacunga, y Mireya de Ferjus aceptó servirle de guía.

En el interior de la iglesia, bajo la penumbra de una bóveda, los cuatro piratas ingleses ahogaron todo grito y resistencia de la secuestrada, envolviéndola en sendas capas y trasladándola al lugar señalado por Barnaby Clements, quien después de repetir sus meticulosas instrucciones, regresó al Teatro Real para manifestar a Humberto de Ferjus que su madre había sido llamada por el conde Ferblanc.

Y el médico volvió a bordo de la "Adventure" donde a solas por

completo, sintióse triunfante, como el jugador de ajedrez que realiza la infalible jugada de jaque mate.

* * *

—...y esta es la situación, conde Ferblanc. Os repito, ¿ahorcar a ocho ingleses es bastante compensación por la pérdida de vuestra incomparable esposa?

El Pirata Negro guardó silencio. Un silencio que Barnaby Clements interpretó equivocadamente.

—Jaque mate-dijo, y sus ojos brillaron diabólicamente triunfantes.

—No seas infantil, encanto-replicó Lezama, mordiendo las palabras. Su diestra se extendió y el cirujano, asido por el cuello, quedó suspendido en el aire, sin la menor dignidad en su postura —. Esta partida no ha hecho más que empezar y mal jugador sería yo si a tu canallada no supiera hallar adecuada réplica. Permitid, dignísimo cerdo, que os conduzca a cubierta.

Y llevándolo en vilo, el Pirata Negro dirigió sus pasos a la cubierta donde alineados Jonah Kidd y los seis piratas, esperaban rabiosamente inermes el final de sus miserables existencias.

CAPITULO VIII

La palabra de un pirata español

Cheij avanzó al divisar gesto de su padre, que acababa de inmovilizar a Barnaby Clements atándolo con una cuerda contra un remate de escalera.

—Vete a casa, chacal, y si compruebas que no se halla en ella Mireya, invita a Humberto a personarse aquí inmediatamente.

Cheij asintió y se alejaba ya, cuando Lezama añadió:

—Invita a tu hermano, pero si se negara, tráelo aunque sea amarrado. ¡Presto!

Partió Cheij en una lancha, conducido por remeros de la Legión del Mar. A los que quedaban a bordo, ordenó Lezama:

—Volved a bordo de vuestra goleta, valientes. Necesito estar a solas con esta piara.

Por unos instantes y mientras los aludidos cumplimentaban la orden recibida, paseóse el Pirata Negro por delante de los ocho ingleses.

De pronto, se detuvo delante de Jonah Kidd, cuya barbilla alzó.

—Alta la cabeza, Kidd. Eres el capitán de esta nave y de esta manada de puercos. Tu médico de a bordo acaba de darme a entender que está en condiciones de salvar vuestros pellejos. No lo creo, pero como me interesa no permanecer en una duda molesta, te permito que converses con él.

Barnaby Clements, a una distancia de tres pasos, dijo en inglés, rápidamente:

—Su esposa es nuestra prisionera, Jonah. Y este pirata renegado, por ella es por lo único que se avendrá a pactar.

—¡*By Jehová*! —exclamó Jonah Kidd, riendo estrepitosamente. Luego, recuperándose, comentó:— ¡Eres genial, Barnaby! —Y en

español, añadió, mirando a Lezama:— Tu esposa morirá, conde Ferblanc, si no aceptas mis condiciones.

—¿Cuáles son tus condiciones?

—Libertad para todos. Abandonaremos la costa y puesto que tienes fama de no faltar a tu palabra, promete que por siete días libres seremos de toda persecución de tus huestes.

—Generosa propuesta, Jonah Kidd. Pero y a mí, ¿quién me garantiza el cumplimiento de lo que prometes?

Miró Jonah Kidd a Barnaby Clements como en petición de ayuda. El médico anunció, fríamente:

—Aunque Jonah Kidd sea capitán a bordo, conde Ferblanc, yo soy su consejero y en estas circunstancias, yo quien tiene la palabra. Vinimos a por el tesoro de las arenas movedizas, y no partiremos sin él. He conocido a tu esposa y comprendo que ella es para ti insubstituible. Quedará en poder de mis cuatro compañeros ¡hasta que Jonah Kidd y esos seis hombres hayan regresado con el tesoro! Yo, voluntariamente, me quedaré aquí contigo, conde Ferblanc, y cuando quede embarcado el último cofre, té diré dónde está tu esposa.

Carlos Lezama aproximóse al médico, en cuyo pecho apoyó un índice rígidamente tenso:

—Tú y yo somos sol y luna, abismo y cima, Barnaby Clements. Cuanto prometo cumplo, no así tú. Me odias y ni por un tesoro me devolverías el mío. Prefiero tratar con Jonah Kidd.

—Él no sabe dónde se halla Mireya de Ferjus.

—Lo sabrá —dijo, secamente, Lezama.

Y dando media vuelta, se enfrentó con Jonah Kidd, al que empezó a desatar. Sorprendido el hijo de Kidd vióse libre.

—No intentes escapar o pelear, Jonah Kidd, porque en ambas intentonas perderás el tiempo. Procura ser digno de tu padre. Viniste a estos parajes a por un tesoro. Tuyo será si sabes comprender que cuando un pirata como yo te da su palabra, es palabra de rey. Puedo jactarme de tener tanta o más experiencia que tuvo tu padre. Y la he adquirido a base de menospreciar fortunas y desdeñar el pisotear alimañas. Tú y tus hombres tenéis mi palabra de que nadie os molestará en vuestra búsqueda del tesoro, ni nadie se opondrá a que zarpe la “Adventure” hacia otros mares. ¿A cambio de qué? Algo muy sencillo: que Barnaby Clements

te diga dónde se esconden tus cuatro pingüinos que custodian a mi esposa. Después, tú y yo, iremos hacia allá, y la libertaremos. ¡Tienes mi palabra, Jonah Kidd! No te digo pacto y choca, porque me repugna estrechar tu diestra. Pero es tuyo el tesoro y la libertad, porque tienes mi palabra. La palabra de un pirata español.

Los ojos porcinos de Jonah Kidd se estrecharon agudizándose, mientras alternativamente miraba al Pirata Negro y a Barnaby Clements.

Por fin acercóse lentamente al médico.

—¿Dónde están Horner, Flashing, Cavendish y Bargain?

—No lo diré, Jonah-replicó, fríamente el médico —. Tu ingenuidad me abruma. Crees en la palabra de ese pirata y...

—No quiero perder más tiempo, Barnaby. Contesta a mi pregunta.

—Nuestra vieja amistad...

—Tú dijiste que la amistad no existe...

—Fui consejero de tu padre.

—Y en la horca terminó.

—¡Piensa lo que vas a hacer, Jonah!

—Piensa tú lo que va a pasar si no me obedeces, Barnaby.

—¡Mentecato! ¡No habrá tortura que me haga hablar!

Una sonrisa malévola distendió el semblante de Jonah Kidd.

—Olvidas, Barnaby, que yo conozco la única tortura que te hará hablar...

Y a la pausa de silencio que siguió, cambió por completo el aspecto sereno del cirujano. En su frente motearon gotas de sudor, que se irisaban al reflejo del sol mañanero.

—¡Medita, Jonah! Conservando en nuestro poder a la esposa de este hombre-dijo, en inglés-mandaremos en él. Obtendremos cuanto querremos sin necesidad de correr el albur de fiarnos exclusivamente en su palabra.

Vaciló Jonah Kidd, quien miró receloso a Lezama. El Pirata Negro, en inglés, manifestó:

—No sólo en Inglaterra hablan vuestra lengua. Oyeme bien, Jonah Kidd, que ya mi paciencia se agota. Al igual que te di mi palabra de pirata, aquí no hay más condiciones que las que impongo, y que asaz generosas son. Si tu matasanos cree valerse de un sentimiento mío para engañarme, se equivoca de pleno, porque

ni mi esposa ni yo somos peones de ajedrez. Tienes cinco minutos para aceptar mi trato, Jonah Kidd. Después… colgarás del palo mayor y arderá está nave con todos vosotros colgando como fruta podrida.

—¡No te amilanes, Jonah! —gritó Barnaby Clements—. ¡Es amenaza que no cumplirá! Nuestra muerte significaría la de su esposa. ¡Es nuestro! Le tenemos a nuestra disposición. Todo el mundo me dijo que su único amor es su esposa y que por ella sería capaz de todo. ¿No es cierto, conde Ferblanc?

—Muy cierto, por salvarla. Pero tú nunca cumplirías el pacto, Barnaby Clements. Lo dicho, Jonah Kidd. Te quedan cuatro minutos. Después, yo seré el verdugo de quienes cómplices son de los verdugos de Mireya de Ferjus.

La energía con que hablaba Lezama, su ceño decidido y la aureola de impecable y fiel cumplidor de su palabra, pudieron más que los alegatos de Barnaby Clements en el ánimo de Jonah Kidd.

El coloso proyectó la zurda con la que asió por el hombro al médico, sacudiéndolo reciamente.

—Habla, Barnaby… ¡o ya sabes la tortura que te daré!

Y de un armero fué Jonah Kidd a elegir una larga espada de doble filo acerado, que se ciñó después de envainarla.

Barnaby Clements, temblando como un azogado, pasóse la lengua por los resecos labios, cuando sacando a medias la espada y volviéndola a hundir en la vaina repetidamente, Jonah Kidd fué diciendo:

—¿Recuerdas, Barnaby, cuando me asombré porque te desvaneciste al presenciar una tortura que impensadamente aplicó a un prisionero aquel esmirriado hondureño? Era primero un ojo vaciado y…

—¡Basta! —gritó Barnaby Clements.— ¡Ella está en la cabaña donde tú ordenaste a Horner que atrajera a emboscada al capitán Valdivia después de vuestro regreso de las arenas movedizas!

—En marcha —indicó Lezama—. Darás libertad a tus hombres cuando mi esposa esté libre.

—Fío en ti.

—Yo, no. Por eso remarás.

Ya en la playa, Jonah Kidd rió campechanamente.

—En el fondo, gracias a Barnaby, obtendré mi tesoro.

—Cierto. Sube a caballo. Pasa delante hacia la cabaña. Galopa y una advertencia. Sabes ya que hablo el inglés como tú. También quiero que sepas que sin necesidad de ser un adivino, presiento que con cuatro hombres tuyos y estando de por medio y en peligro mi esposa, puedes entablar combate conmigo. Morirías el primero, ¿sabes, Jonah? Conque, no te pases de listo.

Diez minutos después, desmontaba Jonah Kidd. En el centro del bosque, una solitaria cabaña apareció en un pequeño claro.

—Esta es la cabaña, conde.

—Cuidado con ser imprudente, Jonah Kidd, que el espíritu de tu padre al que escarneces, te aconseje.

A diez pasos de la cabaña, explicó Jonah Kidd:

—Sí no han asomado, habiéndonos visto como tienen que habernos visto, es porque desconfían de ti.

—Avante, Jonah Kidd. Tengo prisa.

La puerta estaba abierta. Y al dar el primer paso al interior, Jonah Kidd reprimió un juramento.

Cuatro cuerpos aparecían colocados tal como la muerte los sorprendió. Un negro agujero hinchaba sus frentes... Un balazo...

Y en cada mejilla de los cuatro cadáveres de Stanley Horner, Frick Flashing, Joe Cavendish y Plum Bargain, seca ya la sangre, aparecía una triple cicatriz que formaba la letra “F”.

—“¡Pañuelo Negro”! —vociferó, demudado, Jonah Kidd, señalando un diminuto amasijo de negros encajes colgante de la linterna única en la cabaña cuyo centro ocupaba—. ¡Yo... yo he cumplido! Tú... tienes que cumplir... ¡No es mi culpa si “Pañuelo Negro” raptó a tu esposa!

CAPÍTULO IX

A rostro cubierto…

Stanley Horner, la tarde anterior, cuando ya el crepúsculo había caído y con sus sombras había facilitado el traslado de la prisionera amordazada hasta la cabaña, expuso su particular opinión a los otros tres forajidos.

—Esta mujer es la mejor de las llaves para el tesoro. Ya sabéis la orden de Barnaby Clements que me parece muy atinada. Sólo morirá ante los ojos del conde Ferblanc.

En la cabaña, Mireya de Ferjus oía sin entender el significado de las palabras británicas. Pero si físicamente no había sufrido más daño que la brusquedad de ser atada y amordazada, en su alma sentía un lacerante dolor, pues no dudaba que, como en otras ocasiones, no serviría más que de señuelo para conducir a la muerte al Pirata Negro.

Por un instante la distrajo de sus fúnebres pensamientos, la repentina y simultánea torsión de busto, con la cual los cuatro piratas ingleses miraron hacia el umbral…

La mordaza reprimió en ella el grito de espanto que le producía la escalofriante silueta de flotantes ropajes negros que parecía un genio infernal apareciendo de pronto en las tinieblas, esparciendo un rayo fulgurante…

Porque a la aparición de Humberto de Ferjus imposible de identificar bajo el tupido pañuelo de encajes y las flotantes vestiduras, sucedieron a intervalos de un segundo cuatro fragorosas detonaciones que en la cabaña resonaron con estrépito atronador…



Cayeron los cuatro asesinos...

Uno a uno cayeron los cuatro asesinos ingleses, sin haber podido echar mano de sus armas.

Una nube de humo brotaba de lo que a Mireya de Ferjus se le antojó delgada culebrina, ya que ninguna pistola podía disparar cuatro proyectiles. La extraña arma desconocida, desapareció de nuevo bajo los flotantes ropajes de Humberto de Ferjus, el cual avanzando, vino a doblar la rodilla ante su madre, y su voz velada por la máscara, sonó opaca e irreconocible:

—Gracias doy a mi suerte, señora, que me permite salvaros.

Y en las manos atadas y cruzadas en su regazo, sintió Mireya de Ferjus un tenue beso. El rostro enmascarado se apoyó unos instantes contra sus manos. Después, vióse libre y la mordaza cayó de sus labios.

—Gracias yo os doy, caballero. Vuestra oportuna llegada, hará que siempre os guarde agradecimiento. No sé cómo pagaros vuestra milagrosa aparición...

—Os conduciré hasta sendero donde para vos no haya peligro, señora. Os ruego tan sólo que no intentéis saber quién soy. Tened a bien aguardarme fuera. Me queda algo por hacer.

Salió ella, intrigada, aunque agradecida.

Humberto de Ferjus desenvainó, y en cada mejilla de los rufianes una "F" quedó trazada en tres cortes. Un pañuelo negro de encajes quedó colgando de la única linterna.

En el exterior, Mireya de Ferjus ya no tembló cuando la negra silueta avanzó el brazo.

—Apoyaos en mí, señora. El camino es bastante desigual.

—Creo que... estoy aun aturdida.

—No os lo reprocho. Otras damas, en vuestro lugar, habrían perdido el sentido. Siempre he admirado vuestra entereza.

—Ah... ¿Tengo el honor de conoceros? Sois un personaje muy enigmático, señor "Pañuelo Negro". Consideradlo alabanza, si os —digo que vos habéis logrado quitar el sueño a mi esposo, cuyo nombre supongo sabréis.

—La fama del conde Ferblanc pasará a la historia, señora.

—Tal vez también la vuestra, si tan fulminantes y justicieras son vuestras apariciones. Yo puedo comprender las emociones que debéis sentir al actuar contra la ley pero a favor de la justicia, ya que ésta ha sido la continua existencia de mi esposo. Hubo quien creyó y sigue creyendo que vos sois el conde Ferblanc, pero no lo sois. Bajo cualquier máscara reconocería a mi esposo.

Con cierta tristeza, bajo la máscara sonrió Humberto de Ferjus. Su adorada madre, su único amor, decía que podía reconocer a su esposo... y no lo reconocía a él...

—Tened cuenta, señor "Pañuelo Negro", que mi esposo no os persigue para entregaros al virrey. Es tan sólo porque os considera misterioso. Cierta estoy que al saber quién sois, dejaría de atormentarse.

—El hecho, señora, de que la suerte me haya permitido salvaros, no significa forzosamente que sea amigo ni simpatice con el conde Ferblanc.

Se detuvo Mireya de Ferjus y su mano, que hasta entonces apoyabase en el antebrazo de su hijo, ascendió hasta apoyarse en su hombro.

—Humberto... ¿qué tragicomedia es ésta?

Muchas veces había dicho Carlos Lezama que tenía la fortuna de poseer por esposa a una mujercita que sería capaz dar una sorpresa al mismo diablo.

—Humberto... —repitió Mireya, cariñosamente—. A rostro

cubierto delante de tu madre es falta de galantería que no perdono.

Humberto de Ferjus, cohibido y a la vez orgulloso, quitóse, dejándolo resbalar hacia atrás, el gran pañuelo de encajes.

Y no habló, porque contra sus mejillas sentía la húmeda presión de las maternas mejillas.

—¿Lloras, madre?

—De orgullo, de miedo y de pena, hijo. De orgullo, porque eres valiente y audaz, digno hijo de tu padre; de miedo, porque te acosan y persiguen, y de pena…, ¡porque si llevas negros encajes, es por rencor a tu padre!

Permaneció Humberto en silencio. Y casi febrilmente, Mireya de Ferjus fué diciendo:

—Tuve la primera sospecha cuando llegaste afectando afeminamiento, y cuando te oí hablar con tu padre. Sí… Escuché… y no me avergüenzo, ¡porque los dos sois mis amores! Y no habrá completa felicidad en mi hogar hasta que ambos no os abracéis. Después…, la tarde en que sonaba tu violín[3], te vi salir de casa deslizándote por el muro. Y el violín seguía sonando… Una artimaña debida a caja de música… ¿Encajes negros? Cuando tu padre te azotó, te reprochó el no servir más que para llevar encajes… Y te he adivinado… Quieres demostrar a tu padre que, con encajes, también puede un hombre ser tan audaz como él. Pero es un juego peligroso, Humberto… ¡para mí! ¿No crees que ya me bastó con las emociones que me ha producido la peligrosa vida de tu padre? ¿Cuál ha sido el motivo del rencor hacia tu padre? Te llamó cobarde porque, estando tú cerca, me raptaron… ¡Ahora es el momento, hijo! Tú solo contra cuatro criminales, me has devuelto la vida… y tal vez has salvado la de él. ¡A rostro descubierto se lo dirás!…

—No…

—Sí…

—Madre…

—¡Hijo!

Por un instante, en el bosque solitario, miráronse los dos, erguido el busto. Por fin, Mireya sonrió dulcemente.

—Todos iguales… Tú, él, yo… Tercos, juguetones y con mucha alma. ¡Fuera perfumes, polvos y afectamientos, Humberto! ¡Qué reviente de orgullo el señor conde de Ferblanc! ¡Y que me perdone

el cielo, por desahogarme así! ¡Pero mucho me equivocaría si el señor conde de Ferblanc no toca el violín!

CAPÍTULO X
Los dos cómplices

El Pirata Negro miró a Jonah Kidd en la cabaña.

—Tú has, cumplido, Kidd. Yo cumpliré con quien dió libertad a mi esposa, si no es nuevo enemigo. Volvamos a tu bordo, que allá di cita a mi hijo, que era quien responsable quedó de su madre... por segunda vez.

Jonah Kidd intentó aproximarse al Pirata Negro cuando éste montaba a caballo. Retrocedió al verse apuntado por la boca de una pistola.

—No seas tunante, Jonah. Te abato como a una hiena sarnosa si pretendes bromear. Debes darle cuenta do que no tengo aún humor para bromas, hasta no saber lo sucedido. He dicho a bordo, y aquí, allá y siempre, cuando se me hinchan las narices, mando yo.



Cheij descabalgó cuando aún su caballo galopaba. En cuatro saltos portentosos penetró en el vestíbulo de la mansión del coronel Lezama.

Y su ceño fruncido se iluminó como por encanto al ver a Mireya de Ferjus sentada junto a Humberto de Ferjus.

—¿Te persiguen, chacal? —sonrió Mireya.

—¡Señora! —y arrodillándose, besó Cheij las manos de Mireya— ¡No sabéis lo que me alegra veros sana y salva!

—Siempre estuve sana... Y oye, chacal... Si no te di la vida, no por eso dejas de ser mi hijo. No me llames señora, sino madre.

—Madre... —sonrió Cheij.

Se levantó para mirar sin sonrisa a Humberto.

—¡Tú! Debes venir a bordo de una goleta conmigo. Nuestro padre te llama,

Humberto de Ferjus, limpio el rostro de todo maquillaje, ostentaba un semblante de adolescente decidido. Sus grandes ojos pardos miraron alegremente a su hermano, porque en su brazo, la mano de Mireya ejercía una presión cómplice.

—¿Nuestro padre? Bien, hermano. Pero quizá sería correcto que nuestra madre supiera a qué se debe tu brusca entrada, tu regocijo, tu actitud...

Cheij contempló a Humberto como si lo viera por vez primera. Le parecía tan distinto al afectado maniquí pintarrajeado.

Pero recordando el cuadro, masculló:

—Cuando mi padre ordena, hemos de obedecer. Nos espera y tiene prisa.

—Yo no-dijo Mireya —. ¿Qué sucede, chacal?

—¡Sucede, señora, que...! Sucede, madre, que unos piratas ingleses aseguran que os raptaron, los muy embusteros...

—No mentían. Fui raptada...

—¿Eh? ¡Estáis aquí!

—Porque me salvó “Pañuelo Negro”. ¿Y qué desea mi esposo al ordenar la presencia inmediata de Humberto?

—Pues... no será para felicitarlo, creo yo. Si os raptaron, señora, qué... ¿qué hacía mientras, tanto el violinista?

Levantóse Mireya, brillantes los ojos.

—Ya lo sabrás, chacal. Tu hermano toca muy bien el violín... ¡y mal que os pese, ya veremos si tú no tocas la flauta, y otro que me conozco seguirá llevando la batuta, pero como director de orquesta! ¿Es un crimen gustar de la música?

—Señora —balbuceó, asombrado, Cheij—. Os desconozco.,

—Hora era de que mi orgullo de madre brotara, Cheij. Y no en vano soy la esposa del Pirata Negro. Cierra la boca, chacal... Aunque llevo chapines, me he puesto las botas... ¡y vamos a ir los tres a bordo de la goleta fantasma!

* * *

En cubierta, Jonah Kidd se adosó contra el lugar donde antes estaba atado, ante la significativa amenaza de la pistola del Pirata Negro.

Los otros siete ingleses, abatidos, guardaban un silencio elocuente. Habían visto entrar en la sala capitana a dos hombres y una mujer. Y la mujer era la esposa secuestrada, como pudieron saber por las imprecaciones y juramentos de Barnaby Clements, que, perdido todo control, sufría la mayor humillación: era un jugador de ajedrez que había perdido la partida.

El Pirata Negro no había visto aun a los tres que minutos antes habían subido a bordo.

No se inmutó cuando, a su lado, colocóse Humberto de Ferjus. Le miró apenas.

—Atad a ese hombre, señor marqués, si con ello no han de sufrir vuestras delicadísimas manos de artista.

Aleccionado por Mireya, Humberto de Ferjus no replicó. Permitióse, vuelto de espaldas al autor de sus días, una sonrisa que significaba cercana revancha.

No se opuso Jonah Kidd a ser atado, porque sabía que la pistola de Lezama le mataría a la menor resistencia.

Dióse vuelta Humberto de Ferjus. Enfundando la pistola, y sin mirarle, inquirió Lezama secamente:

—¿Vuestra madre, señor marqués?

—En perfecta salud os manda sus saludos, señor conde.

—¿Eh?..

Miró Lezama rectamente a su hijo menor. Arqueó las cejas:

—Tate... ¿Os sacó vuestro hermano de la cama, que olvidasteis pintaros? No lleváis encajes. Casi vestís como un hombre de verdad. ¡Cheij!

El llamado, saliendo de la cámara central, sabía ya quién era “Pañuelo Negro”. Y juzgó sabrosa, aunque levemente ardua, la “revancha”.

—Hola, padre.

—¿Novedades?

—“Ella” está, sana y salva.

—Entonces... “Pañuelo Negro” vivirá mucho tiempo, porque estando yo en vida, nada ha de pasarle, si impedirlo puedo. Bien, bien..., y antes de que esos cerdos sean asados..., deseo tener una conversación amenísima con vos, señor marqués.

—Padre... —intervino, cohibido Cheij.

—A ti no te estoy hablando, buen mozo. Vuelve a donde estabas.

—Como mandes.

A solas con su hijo menor, el Pirata Negro señaló con amplio gesto a su alrededor.

—¿Veis, señor marqués? Huele a brea, a sal, a pellejo marinero. Trataré de daros tema para una sinfonía marítima, ya que tenéis a bien apodarme “El Brujo del Mar”. ¿Sabéis quiénes son esos ocho prisioneros?

—Mi hermano me lo ha explicado.

—¡Ah!... —Y acaricióse Lezama el bigote con el meñique, en gesto de burlona perplejidad.— Me place oíros llamar hermano a

Cheij. Estáis cambiado, señor marqués.

—¿A favor o en contra, señor conde?

—¡Hora no es para chanzas! —Y dió Lezama un colérico taconazo en el suelo de madera.— Tiene derecho a bromear quien en las horas trágicas sabe reír. Decidme, Humberto de Ferjus: ayer tarde, a las cinco y media aproximadamente, ¿qué hacíais?

—Tocar el violín como ensayo en el Teatro Real.

—¡Magnífico, soberbio, inaudito! Y mientras... ¿sabéis lo que sucedió?

—Sí.

—¿Eh? ¿Lo sabéis? Explicádmelo.

—Un villano, abusando de la gentileza con que le acogimos-y Humberto de Ferjus señaló a Barnaby Clements —intentó raptar a mi madre.

—Tate... ¿Intentó...? Me hace gracia-dijo, ceñudo, Lezama-el eufemismo. A no ser por "Pañuelo Negro"... vuestra madre quizá estaría muerta ahora. ¿Os dais cuenta?

—Perfectamente, padre...

Carlos Lezama, cuya tensión de músculos no anunciaba nada bueno, dominóse al precio de un gran esfuerzo. Frunció aún más las cejas.

—¿Qué habéis dicho, señor marqués?

—He dicho que me doy perfecta cuenta, padre.

El calificativo, que casi era un murmullo asombró a Lezama. Intrigado ante aquel adolescente, que tan distinto era al frío e hiriente maniquí, estuvo unos instantes indeciso.

Por fin hizo un gesto.

—Id con vuestro hermano, que después hablaremos, señor.

—Perdonad si os desobedezco, padre, pero desearía me concedierais permiso para una labor que me pertenece.

Alimentando su asombro, asintió Lezama, sin saber de qué se trataba. Humberto de Ferjus dirigióse al armero de cubierta, de donde cogió dos espadas. Con ellas bajo el sobaco, regresó.

—Este hombre planeó la muerte de mi madre... y vuestra posible muerte. Es viejo, pero posiblemente sabe manejar la espada.

Barnaby Clements gritó:

—¡Sí! Viejo soy que no cobarde, señor marqués. Y a vuestro desplante, si es que lo pensáis hacer efectivo, puedo dar réplica.

—Bah... —mascullό Lezama—. Dejad a este viejo... Es un asesino que no merece más que horca. Tened en cuenta, señor, que la espada, cuando no se conoce, resulta muy traidora arma.

—Entonces, señor, considero responsable al capitán de la nave del peligro que corrió mi madre. Con vuestra venia, reto a duelo a Jonah Kidd.

Y antes que pudiera Lezama replicar, Humberto de Ferjus, arrojando al suelo una espada, cortó con la otra las ligaduras que aprisionaban al coloso pirata.

Jonah Kidd frotóse los brazos con malévola mirada. Y con desesperación de fiera acorralada, desenvainó su espada, adosándose a la borda.

—Ya que he de morir, otros me precederán-dijo sombríamente —. ¡Propias de españoles son esas jactancias!...

—¡Cuidado, hijo! —advirtió Lezama, dispuesto a intervenir, al ver que el inglés, en traidora acometida, asestaba una doble estocada a Humberto de Ferjus.

Pero se detuvo, ya en el colmo del estupor. No podía ser casual la certera maniobra con la cual Humberto de Ferjus, no sólo paraba la doble estocada, sino que, trabando ligazón, obligaba al pirata inglés a retroceder...

Gritó Jonah Kidd iracundo cuando en su mejilla la fría punta del acero adversario trazó un corte. Gritó dos veces más.

Y Carlos Lezama fué la estatua del estupor, cuando después de leer en la mejilla ensangrentada del inglés la letra “F”, le vió caer atravesado por recia estocada.

Humberto de Ferjus envainó, y sacando de su bolsillo un blanco pañuelo de encajes, secóse la frente. Sus ojos pardos reían, en mezcla de orgullo infantil y de ufana plétora.

—Obedeciendo los deseos de mi madre, regreso a casa. Y también obedeciéndola, os invito esta tarde a oír mi melodía “El Brujo del Mar”, padre.

Seguía absorto y petrificado Lezama, cuando ya Humberto pisaba el primer escalón de la escalerilla.

—¡Venid acá, señor! —exclamó Lezama, saliendo de pronto de su estupor—. ¡Repetid vuestras últimas palabras!

—“El Brujo del Mar”, padre,

—¿Brujo?.. Brujo eres, muchacho.

Y por un instante, Humberto de Ferjus perdió la respiración, porque estaba aprisionado en recio abrazo. Y no supo por qué, pero de pronto ya no fué el deseo de alegrar a su madre, sino un nuevo sentimiento el que humedeció sus pupilas, al reflejarse en ellas las también húmedas pupilas del Pirata Negro, que cercano el rostro, murmuró:

—¿Tunantadas, eh, muchacho? ¡Ya decía yo que “Pañuelo Negro” era alguien mío! ¡Muy mío! Ya te has vengado bastante... ¡Qué estúpido fui al llamarte cobarde!... ¡Como si un hijo mío pudiera...! ¡Muchacho! ¡Qué orgulloso se va a poner Cheij, tu hermano!... Y... ¡ella! ¡Qué feliz cuando sepa!... ¡Oye, se va a asustar!...

—¿Asustarse ella, padre? Es más valiente que nosotros dos juntos. ¿Lo dudas?

—Bendito sea este día, Humberto. Oye, vete a casa. Ya mismo voy. Tengo que liquidar “esto”. ¡Aquí te he conocido tal como eres, hijo! Oliendo a mar y a brea... Espada en mano... Bueno, luego hablaremos. ¡Cheij!

Acudió presuroso el llamado.

—¿Viste la pelea? —preguntó Lezama, enlazando por el cuello al recién llegado y teniendo su rostro entre los dos semblantes distintos, pero que reflejaban ambos juventud y decisión.

—Vi, padre,

—¿Y... la marca?..

—Sí, padre.

—Chitón... —dijo puerilmente Lezama—. Id a casa, que allá voy. Y no le digáis aún nada a ella... Oye, Humberto..., ¿cómo pudiste salvarla? El inglés se la llevó estando tú allá en el teatro.

—La vi salir y fui tras ellos. No sabía por qué, pero no quise perderla de vista. Eran cinco los que se la llevaron. Y... de la grupa de mi caballo saqué las ropas negras y los encajes...

—¿Sabe ella que tú... eres quien eres?

—¡Claro que sí! —exclamó una voz femenina.

Y Mireya de Ferjus, radiante de orgullo y alegría, afectó, no obstante, un aire indiferente, para añadir, recogiéndose el borde de la falda y pisando ligeramente:

—En casa os esperamos, señor. Tenemos muchas cosas de qué hablar. Terminad pronto con lo que os retiene aquí.

Partieron los tres, y apoyados los puños en las caderas, permaneció Lezama por unos instantes inmóvil.

Pero desde la lancha que se alejaba, Mireya de Ferjus y los dos hijos del Pirata Negro, oyeron la bronca y alegre carcajada que en creciente diapasón brotaba incontenible de la garganta del “Brujo del Mar”.

CAPITULO XI

Ecuanimidad...

Era un día feliz para Carlos Lezama. Olvidó por linos instantes que era jefe de la Legión del Mar, y que los tripulantes de la goleta en que se hallaba eran criminales, cuya carrera de fechorías debía ser cortada definitivamente.

Seguía riendo, viendo alejarse la lancha. Cuando ya no fué visible, dió media vuelta.

Un cadáver y siete prisioneros.

—Fingiendo fantasmas e incendiando hogares, habéis degradado el mar —dijo en inglés—. El mar será vuestra tumba.

Ágilmente saltó a la borda, después de levantar el cuerpo de Jonah Kidd y apoyarlo contra el timón.

Descendió hasta la lancha que aguardaba abajo, y poco después, pisaba la cubierta de la goleta capitaneada por Ernesto Valdivia.

—A proa y a popa, capitán Valdivia. Supongo que vuestros artilleros no fallarán un blanco tan seguro.

Los dos estampidos de la andanada parecieron zarandear a la goleta “Adventure”, que se hundió casi en el acto. Los remolinos se aquietaron, y sólo quedaron sobresalientes los extremos de los tres palos.

—Marcad en la playa, con un cartelón, la fecha de hoy, capitán Valdivia. Firmaréis vos.

—¿Y dirá el cartel, señor conde?

—“En esta bahía se hundió la goleta “Adventure”, que capitaneaba Jonah Kidd, hijo del célebre ajusticiado en Londres.” Y vuestra firma, ya que vos y vuestros hombres habéis terminado con una superstición. Y antes que me vaya, capitán Valdivia, ¿presenciasteis el duelo de a bordo?

—Con todo detalle, gracias a mi largavistas.
—¡Qué cachorro!, ¿eh?
—Vuestro digno hijo.
—Le enseñé aquella triple puntada en la mejilla. Es... es creación mía.
—De acuerdo, capitán Lezama. Tampoco soy yo mala espada, y ejercitaré esa triple puntada;
Ambos miráronse unos instantes, y por fin tendió Lezama la diestra al hombre simio.
—Comunicaré al virrey que la Legión del Mar hizo la mejor de sus adquisiciones al teneros por uno de sus capitanes.
—No lo sería si vos no fuerais el jefe..

* * *

La guardia de honor que el Tercer Tercio prestaba ante la verja de entrada a la mansión del coronel Lezama, rindió los honores de rigor al paso del Pirata Negro.
Este descabalgó casi con la misma celeridad que, horas antes, empleó Cheij Lezama para cerciorarse de si Mireya de Ferjus estaba a salvo.
Preciábase Lezama de ecuanimidad. Decía a veces que su propia imparcialidad le hacía admitir errores en sus actos, que otros, por menos ecuánimes, valorarían como cualidades.
Por eso venía dispuesto a tomarse con buen humor los justos reproches de Mireya. Para después también a su vez hacer resaltar lo peligrosa que había sido la “revancha” del adolescente.
A su entrada pusiéronse en pie los dos muchachos. Entre ellos dos, Mireya afectó un continente altivo de reina ofendida.
—Paz y buena voluntad entre los seres dotados de buena fe- saludó Lezama, avanzando manos en alto.
Risueños, Humberto y Cheij miráronse entre sí.
—Hola, cachorros. Tenemos mucho que hablar...
Fué interrumpido Lezama por Mireya:
—Eso es. Mucho que hablar.
—Mesura, esposa. Si hemos de sacar trapitos a relucir, que sea sin abusar de la situación. Ecuanimidad y buenos modos.
Y rió Lezama en carcajada, que provocó alegre réplica en ambos hermanos.
—Era un lastre, padre, mi rencor y mi afán de demostrarte que

manejar un violín no impide tener carácter. Fui cobarde quizá de niño, pero gracias a Frasco Zarzales y Gastón d'Arsonval, supe que también había arte en la aventura. Hoy que ya sabes la verdad, me siento tan compenetrado con vosotros, como si nunca nos hubiéramos separado.

—Venid acá los dos y defendedme de los justos ataques que presiento van a ser duros. —Y Carlos Lezama, sonriente, enlazó por los hombros a sus dos hijos.

Mireya de Ferjus siguió sentada. Había cierta melancolía en su semblante de dibujo virginal.

—El egoísmo masculino es tan inconsciente, que desarma-dijo con suavidad —. Tenéis entre vosotros una solidaridad invencible cuando el hábito de la aventura os une. Y las congojas que sufre la mujer que os ama, no os detienen nunca para emprender arriesgados caminos... Ya sé que no debiera quejarme, puesto que elegí con todo mi corazón el casarme con el rey de los aventureros, pero sino fatal es que, vosotros dos, día llegará en que intentéis superar las hazañas de quien os dió el ser. No quiero parecer melindrosa..., pero temo al porvenir.

Y ocultó súbitamente ella el rostro entre las manos. Carlos Lezama sentose a su lado, atrayéndola por los hombros, mientras arrodillándose ante ella, los dos hermanos la prodigaban pueriles frases de consuelo, entremezcladas en promesas de pacíficos designios.

Entre lágrimas, un arco iris de sonrisa iluminó el semblante de Mireya de Ferjus, porque maternalmente veía a tres niños, que en aquellos momentos, con gran sinceridad, prometían "ser buenos".

Y el más niño, el ya talludo "león plateado", que afirmaba:

—Debes ahuyentar todo temor, cariño. He constituido un hogar. Cheij se casará y... Por cierto, cachorros, id al encuentro de Gabriela. Hablad bien, y que se alegre su ánimo al veros fraternizar para siempre.

Fuéronse los dos muchachos, y a solas con su esposa, Carlos Lezama supo hallar palabras adecuadas, que fueron devolviendo el buen humor a la que, pese a sus zozobras, no se cambiaba íntimamente ni por la más feliz esposa del más sedentario menestral.

—...Y acabóse "Pañuelo Negro". Yo soy un apacible militar.

Cheij se casa... Todo respira paz.

—Pero no es tu culpa, sino tu sino, Carlos. Que por donde vais los que como tú y Diego, tenéis la palabra pronta y la mano ágil, surge la reyerta y el cataclismo, aunque seáis desfacedores de entuertos.

—Diablos... Había olvidado a don Diego y a don Frasco..., que Dios los cría y ellos se juntan. Dentro de unos instantes, con Humberto, iré a poner fin al cerco de las arenas movedizas. ¿Tienes algo que decirme, aprovechando que estamos solos?

Una chispa de malicia tornó en pícara la expresión de Mireya. Y suavemente murmuró:

—Como compensación a mi herido amor propio, cuando casi me sentía culpable por haberte dado un hijo artista, exijo, mando y ordeno la creación de un cuarteto.

—¿Eso qué es?

—Humberto es el genio musical; Gabriela pulsa el clavicordio con gracia..., y he decidido que Cheij sople la flauta con donosura, mientras tú puedes elegir entre la batuta o el cornetín. Un cuarteto delicioso.

Rompió a reír Lezama, intensamente divertido. Le causaba mucha gracia ver a Cheij tocando la flauta.

—No te rías, amor mío —insinuó ella, amablemente—. Yo soy muy buena, según reconoces en tus instantes de ecuanimidad. Pero mi bondad tiene un límite. Sufrí al verte apesadumbrado porque Humberto prefería el violín a la espada. Ahora... mi hora de venganza ha sonado. Ha quedado bien claro que lo cortés y artista no empequeñece a lo valiente. Ya sabes, pues, lo que te corresponde.

—Bueno... ¿eso del cuarteto será cuchufleta, no?

—¡Quiá! De hoy en adelante, como desagravio a una madre ofendida, aquí en nuestro hogar todos serán fervientes músicos.

—¿También don Marcelo? —bromeó Lezama.

—También.

—¿Qué tocará? ¿El tambor?

—Algo que le cuadre más: el arpa.

Rieron los dos, y por unos instantes la canción sin palabras del completo amor, prodigó su compartida melodía en los dos corazones de los que, infantilizados, retozaban alegremente.

En otra sala, los azules ojazos de Gabriela Lucientes se agrandaban hasta el máximo, mientras su cabeza giraba a uno y otro lado escuchando alternativamente las incoherentes palabras de Cheij, admirados, y las. orgullosas aprobaciones de Humberto, complacido.

—¡Qué romance más maravilloso! —exclamó ella como comentario.

Y mujer al fin, inquirió:

—Seré, pues, tu musa, Humberto, sin que por ello se enoje mi futuro esposo.

Cheij asintió alegremente.

—Es el mayor de los homenajes, que mi hermano encuentre en ti, Gaby, la fuente más pura de sus inspiraciones.

—Reina la concordia-dijo Lezama, extrañado —. Y ahora, señor marqués— añadió burlón y afectuoso —, vayamos a terminar con la corta pero sabrosa vida de “Pañuelo Negro”.

—A la orden, señor conde.

Y enlazados los brazos, salieron Carlos Lezama y Humberto de Ferjus.

Cheij Lezama, al cabo de unos instantes, y mientras sus labios se posaban en la frente de Gabriela, murmuró orgulloso:

—¡Qué gran familia formamos!

Pero en la sala vecina, si bien feliz, Mireya de Ferjus pensaba que la intensidad dichosa de aquel día no se repetiría, porque fatalmente el Azar pondría asechanzas en el pacífico bienestar del hogar del coronel Lezama.

CAPÍTULO XII

El Virrey decide

—Y entonces, ¿cómo recibíamos cartas tuyas desde Europa cuando ya andabas bajo el pañuelo negro por estas latitudes?

Bota contra bota y a caballo, Humberto sonrió a la pregunta del Pirata Negro.

—Las enviaba Niccolo Pavolini, mi maestro, que allá quedó.

—¿Fué entonces Frasco Zarzales quien te enseñó esgrima?

—Él y Gastón d'Arsonval, dos capitanes de fortuna únicos, excepcionales. Les conocí en circunstancias curiosas. Era yo aún el niño presumido y afectado... Ellos, en dos años, me transformaron, y si vinieron hacia acá fué porque, además de mi amistad, estimaban muy agradable la especial venganza que planeé para demostrarte que era tu digno hijo.

—Bien... Ya está demostrado que eres un talento doble, hijo, porque yo mismo, con todas mis agallas y presumimiento, soy incapaz de tocar el violín.

—Madre asegura que puedes ser, además de "Brujo del Mar", un excelente concertista.

—Si eso ha de hacerla a ella más feliz, tocaré el arpa si es preciso. Y ahora, hijo, antes que vayamos a las arenas movedizas, aguárdame unos instantes, que daré cuenta al virrey del hundimiento de la goleta fantasma de Jonah Kidd. Es mi obligación... Y por cierto, ven conmigo. El virrey no te conoce, y te presentaré. El marqués de Alvear es una excelente persona. Un caballero soldado, algo cascarrabias, pero muy "persona".

* * *

Renato Pereña, marqués de Alvear por méritos de su espada, y virrey de Nueva Granada por real premio a su justiciero carácter,

estaba aquella mañana de excelente humor, porque sus ataques de gota habían cesado, dejándole temporalmente unos días de reposo.

Pero cuando el chambelán anunció que en la antesala, el señor conde Ferblanc con su segundo hijo el marqués de Ferjus esperaba audiencia, el virrey torció el gesto, después de ordenar que fueran introducidos sin demora.

Estimaba como inconmensurable la valía del antiguo Pirata Negro, pero como siempre, también consideraba que nunca podría dominar el anárquico carácter del jefe de la Legión del Mar.

Acercóse una carpeta encima de la cual aparecía escrito en letras de molde: "Pañuelo Negro", bajo cuyo rótulo, en letras más pequeñas y trazadas de su propia mano, decía: "Lorenzo Olivares".

Levantóse cuando entraron Lezama y Humberto, a cuyo profundo saludo contestó con ademán cortés.

—Permitidme, excelencia, que os presente a mi hijo menor Humberto, marqués de Ferjus por privilegio materno.

—Bienvenido, señor. Nadie mejor que vuestro padre para efectuar presentación que os granjee desde este instante mi amistad. Sentaos, señores. He oído hablar muy bien de vuestras inigualables dotes artísticas, y con gran placer asistiré esta tarde a vuestro recital.

—Un honor, excelencia, que me hará esmerarme.

Por unos instantes, la mirada del virrey pareció detallar el aspecto de Humberto, y, por fin, con franqueza, manifestó la primera autoridad de Latacunga:

—Vuestro hijo, conde Ferblanc, personifica a mi entender una cualidad de la que estáis carente: método, amor al arte, pacífica inclinación y buen carácter.

—Es joven aun, excelencia, y aparenta más años por su hábito de reflexión y porque los genios dotados de cualidades tan ajenas a nosotros, soldados, tienen maduro aspecto de serenidad.

—Eso debe ser. Bien, señor conde, os debo felicitar porque he tenido ya informe de que esta madrugada, en completa redada, terminasteis con Jonah Kidd y sus secuaces, al igual como con su goleta fantasma. Renuevo mis plácemes al jefe de la Legión del Mar.

—Agradezco vuestra gentileza, excelencia. Aunque todo el mérito corresponde al capitán Valdivia, a cuya iniciativa se debe la captura de Jonah Kidd y sus esbirros.

—El jefe hace a los oficiales. Por otra parte, también os felicito porque el Tercer Tercio está plenamente disciplinado. Vuestra doble categoría de jefe en la Legión del Mar y en el Tercer Tercio, merece, pues, ser elogiada sin el menor reparo. Ahora bien, estimo que será preferible relevaros de una misión cuyo cumplimiento no os puedo exigir, ya que suficiente tarea tenéis con asegurar la tranquilidad en el litoral, y el buen orden en la guarnición..

En la pausa de silencio, tocó el virrey con el índice la carpeta junto a su brazo.

—“Pañuelo Negro” —dijo lacónicamente.

—Ese misterioso bandolero, excelencia, debe haber abandonado estos parajes. No ha reaparecido más desde el incidente del embajador.

—¿Incidente? Sois benévolo... La muerte del embajador de Venecia y cuatro de sus servidores, ha causado una reclamación diplomática. Y hasta que no perezca en el patíbulo el bandolero “Pañuelo Negro”, no me dejarán en paz desde la Corte de Madrid. Pero hay, además, otro incidente que parecía olvidar. El capitán marqués de Vergara sigue en el lecho, a causa de las heridas recibidas en su duelo con “Pañuelo Negro”. Creo no equivocarme al suponer que no os es grata la tarea de ser el perseguidor de un bandolero que, al decir de muchos, es un personaje romántico y admirable.

—¿Debo, excelencia, contestar como representante del orden o como particular?

—Como siempre, que vuestra palabra no disfrace vuestro pensamiento.

—Entonces, señor virrey, estimo que “Pañuelo Negro” no merece el patíbulo, porque su duelo con el capitán Vergara fué leal, como ha reconocido el propio perjudicado, y en cuanto al embajador veneciano, no es ningún secreto que era un canalla, y sus cuatro servidores, cuatro canallas a sueldo de sus maldades.

—¡Era un embajador! Y no estoy dispuesto a tolerar que haya enmascarados que se atribuyen oficio de justicieros privados. Además, ya conocéis el rumor que insinúa la posibilidad de que “Pañuelo Negro” sea algún familiar vuestro... Perdón, perdón-atajó con la mano el virrey —, yo me limito a citar ese rumor, que carece de pruebas,. Y es por lo que he decidido que se ocupe de este caso

un personaje superdotado por especiales condiciones.

Volvió el virrey a teclear sobre la carpeta.

—De Venezuela ha llegado expresamente, llamado por mí, un artífice de las pesquisas, un genio quizá tenebroso, porque sabe moverse con desenvoltura por entre los dédalos más misteriosos... Me refiero a Lorenzo Olivares, del cual quizá hayáis oído hablar.

—No hasta hoy, excelencia.

—Pues ya oiréis hablar de él. Le he encomendado la misión de descubrir la personalidad de "Pañuelo Negro", y Lorenzo Olivares tiene fama de que hasta el presente momento no ha habido misterio, por más intrincado que fuera, que él no resolviera. Ya conocéis la afición que en este continente existe a apodar. Llaman a Olivares "El Lince", y hay quien asegura, quizá exageradamente, que sus grises ojos tienen la penetración de un taladro de acero, y hurgan en todos los cerebros. Lo veremos en acción, que es como se aquilata el valor de un renombre. Os suplico, señor conde, que le deis toda clase de facilidades.

—¿De qué género, excelencia?

—Posiblemente Lorenzo Olivares deseará tengáis a bien cederle cuantos informes sepáis acerca de "Pañuelo Negro".

—Pocos son, pero, no obstante, en cuanto pueda, le facilitaré mis personales opiniones sobre lo que le interesa al señor "Lince".

—El señor "Lince" posee el título honorífico de jefe supremo de las fuerzas cívicas que tienen por misión salvaguardar los intereses públicos de la sociedad. Os ruego tengáis con él atenciones de jefe a jefe.

—Las tendré, excelencia.

—No os retengo más, señores. Repito mi agrado por haberos conocido, joven. Esta tarde me deleitaré oyéndoos. Tengo entendido que presentaréis una composición nueva.

—"El Brujo del Mar", excelencia.

El virrey miró un instante a Carlos Lezama.

—Os cuadra, conde Ferblanc.

—Sólo, excelencia, porque he tenido el arte natural de dar vida a dos talentos como lo son mis dos hijos.

Sonrió el virrey.

—Seríais del todo agradable, coronel Lezama, si no tuvierais tanta trastienda. Pero en fin, ¿quién no tiene trastienda en este

mundo pecador? No adoptéis ese irónico semblante de inocencia. Os aseguro de todo corazón que deseo que las pesquisas de Lorenzo Olivares, no traigan como consecuencia el menor roce entre nosotros dos.

Ya en la amplia avenida y a caballo, cuando quedaba atrás el palacio virreinal, Humberto de Ferjus lamentóse:

—Tal vez, padre, te he complicado la existencia.

—¿A mí, cachorro? Ni hablar… Precisamente es la sal de la vida el hacer interesante nuestro cotidiano vivir.

—¿Este… este “Lince” no averiguará…?

—Ni media; que, si preciso es, ya sabré yo ponerle falsas pistas. ¡Estaría bueno que un lince pudiera vencer a los cachorros de león! Mis melenas están canosas, pero la pupila y el corazón son siempre juveniles. ¡Pica espuela, cachorro! Tengo que abrazar a tus dos capitanes de fortuna y libertar a don Diego, cuyos desplantes y locuras me serán, como siempre, placenteros.

—¿Y si… “El Lince” nos está acechando?

—También pensé en ello. Nadie nos sigue, y vamos a entrar por tierras en las que difícil es la persecución.

—Tus marinos de la Legión apresaron a Frasco Zarzales.

—Donde mando yo, sólo yo sé por qué se apresa, se liberta o se ahorca a un hombre. Fué un error. Creímos que Frasco Zarzales era alguien, y no era más que un pacífico vagabundo, al igual que tú eres un pacífico artista y yo un apacible coronel.

—Tu fácil arreglo de las cosas, contagia optimismo, padre.

Siguieron galopando, hasta que en un intrincado sendero puso Lezama su caballo al trote.

Rió en carcajada divertida.

—Estoy recordando que tu padrino tiene la cabeza vendada.

—Tuve que pegarle cuando lo del mesón[4].

—No podrá quejarse, aunque juraba que deslomaría a “Pañuelo Negro” si se le echaba delante de la vista. ¿No deseaba, como yo, que tú salieras peleón y contundente? Pues como muestra la lleva en la cabeza, en forma de bello chichón.

—Padre… Comprendo por qué todos te quieren…

—¿Sí? Acláramelo, porque lo ignoro.

—Tienes el don de convertir en sencillo lo más complicado. Y tu alegre risa inspira saludable regocijo. Tu misma burla es afectuosa,

y tu crueldad, es recta, limpia, sin maldad. Tus mismos enemigos, en el fondo de su odio, sienten inconscientemente admiración por ti... ¡Eres el “Brujo del Mar”!

—Gracias, cachorro. Esta tarde me lo dirás con música, y me sonará tan agradablemente o más que ahora. La única discordancia que puede haber es el husmeo de “El Lince”, pero ¿no quiere tu madre que sea yo músico? Pues te prometo que también yo voy a componer una melodía agitada, que podría intitular: ‘‘La desorientación de “El Lince”. ¡Pica espuela, cachorro! ¡Gracias a mi

sangre, y a la amistad de Zarzales y d’Arsonval, ya conoces toda la embriaguez sin igual de los que por impulso irrefrenable pertenecemos a la libre cofradía de la aventura! Y allá en el barranco y en la gruta de las arenas movedizas, nos reuniremos con los más soberbios ejemplares de la pintoresca fauna de matasietes de rudo corazón noble. ¿Y un “Lince” nos va a vencer? ¡Bah, cachorro! Ya conocerás lo que es..., mejor dicho, ya conoces lo que es reírse por dentro ante un león desorientado, como lo fui mientras intentaba levantar un pañuelo negro. Ahora seremos varios a reírnos amablemente de un lince desorientado.

PROXIMO EPISODIO:

EL LINCE DESORIENTADO

Notas

[1] Véase: *Arenas movedizas*. < <

[2] Véase *Cara y Cruz*< <

[3] Véase *Arenas movedizas.* < <

[4] Véase Arenas movedizas. < <